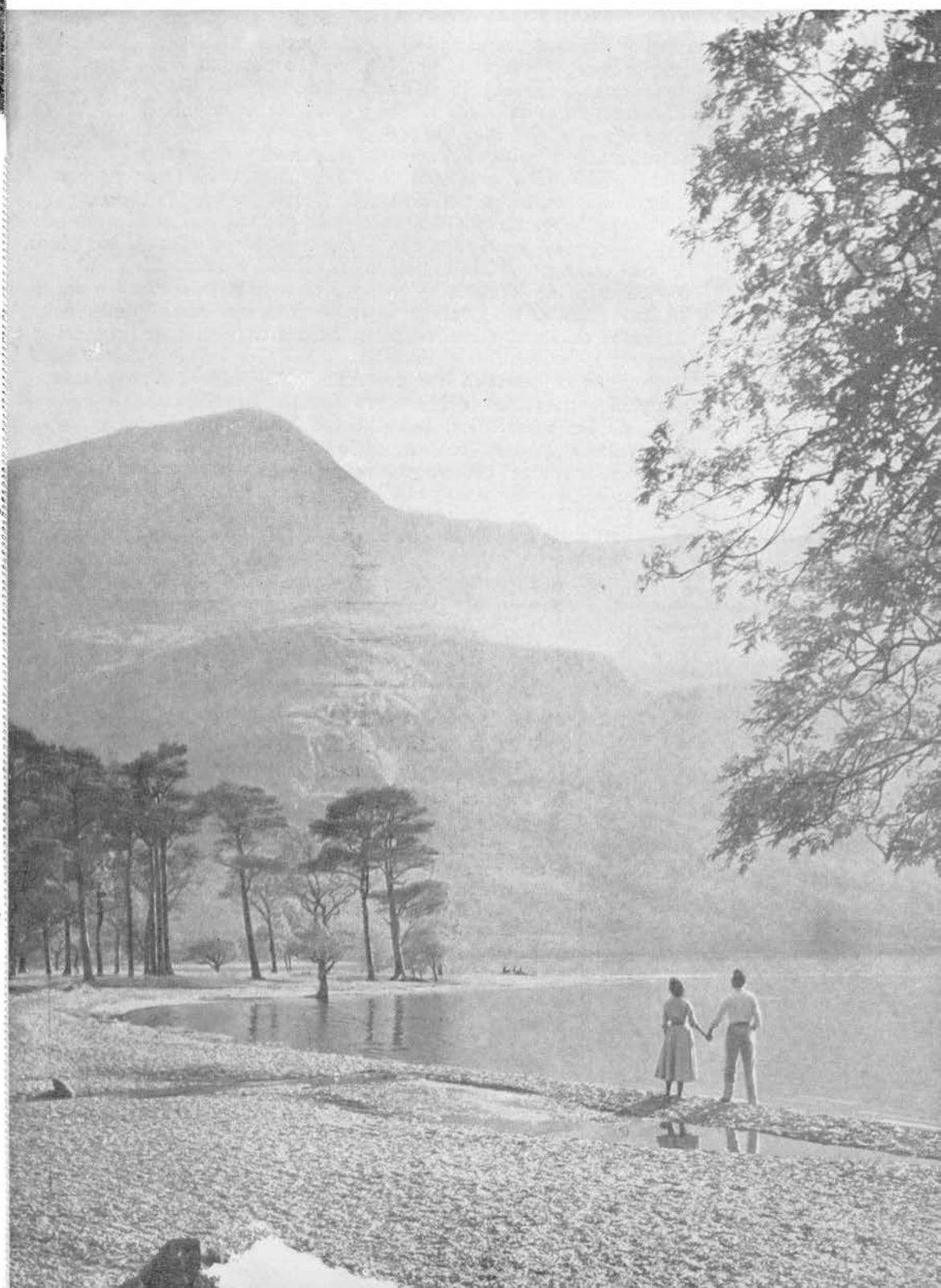
CIENIT

sociología — ciencia — literatura

Sumario

Floreal Ocaña: Criterio consecuencia anarquista. **H. Plaja:** Sobre la pretendida crisis del anarquismo. — **J. Peirats:** Hacia un plan de realizaciones propias. — **E. Relgis:** La literatura de la guerra y la nueva era. — **Soledad Gustavo:** Petrarca. — **V. Muñoz:** El filósofo de Walden. — **Dr. Augusto M. Alcrudo:** El desnudo y el vestido. — **Fontaura:** Tres cartas a una mujer. Precisiones sobre el héroe. — **Juan Goytisolo:** La opinión de un escritor español. — **Plácido Bravo:** Variaciones sobre la sensibilidad. — Microcultura. — **Conrado Lizcano:** Concebir y escribir. — **J. O. Picón:** La prueba de un alma (novela completa).



112

ABRIL · 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF

NUESTRA PORTADA

WALDEN

Por fin le he visto, oh magnífico tesoro de bosque,
Asentado en las pendientes de las colinas en donde feliz vivió Thoreau,
Aquel sabio, aquel indio blanco, aquel visionario, aquel viviente,
Aquel maravilloso profesor de existencia humana.
(De más humanidad que lo que por ella se entiende).
Aquel iniciado es-naturaleza, que accedía a sus más profundos arcanos.
Que poseía la clave de su más secreto orden,
Que demostraba ser la agitación humana una especie de locura,
Llevando la gran vida, calmo y perfecto observador,
Serenamente dichoso, satisfecho, poético,
Equilibrado y sano, a pesar de Harward y Boston,
Que pensaba los más hermosos pensamientos y para nosotros componía
Libros elocuentes, a fin de que en ellos beban los siglos,
Como yo bebo, oh Walden de aguas claras,
En la copa de tu laguna toda saturada por el olor de los pinos,
Y que un agua cristalina llena hasta los bordes.
Tú rebosas, oh Walden — como rebosaba el pensamiento de Thoreau —
De manantiales inagotables, profundos, subyacentes, llenos de vida interior
Surgidos en linea recta desde la fuente universal que sin cesar se expande,
Musicales, soñadores y burbujeantes de secretos desconocidos.
Reflejando el pensamiento del cielo y las colinas circundantes,
Sin tener necesidad del socorro de ningún afluente.
Pozo de los Inmortales, baño de los Ilustres,
Oh Walden, lago de belleza, repleto de una individualidad pura.
Resplandor entre los bosques que imagina mi memoria,
Bosque de mis ensueños en donde mi pensamiento se mece.

WILLIAM LLOYD

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

Colaboradores:

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Valiina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre 300 frs. Semestre, 550 frs. Anual, 1.100 frs. — Exterior: Semestre, 600 frs. Anual, 1.200 frs.

Número suelto: 100 francos.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS - 3.º dcha. - MADRID

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año X | Toulouse, Abril 1960 | Nº 112

Criterio y consecuencia anarquista

TENER criterio o, mejor dicho, poder formarse un juicio aproximado de lo que nos rodea, sin que la voluntad se doblegue por el peso de influencias extrañas, es quizá la más imprescindible de las virtudes que han de adornar al anarquista. Es su deber opinar sobre todos los problemas económicos, políticos, pedagógicos que la vida social plantea de acuerdo con su íntimo sentir, con la energía, con el entusiasmo de los que las ideas se han hecho carne, pero también con el ojo observador y frío del físico, aceptando la responsabilidad plena del resultado de su estudio y análisis, sin importarle cuanto los demás digan. En su conducta ha de pesar sólo lo verificable, lo que cree bueno y realmente el fiel reflejo de la verdad.

Hombre anarquista o amante de la libertad integral, sin cadenas de hierro formadas por eslabones denominadas leyes, no menos opresivas: lucha, batalla, por ser armonía de vida. Eres un compuesto de haz de instintos, de razón, de corazón, de conciencia, de inteligencia, de voluntad y ninguna de estas facultades y potencias superiores que, concordantes, constituyen la entidad humana, ha de abdicar en favor de otras ni a las de otros individuos, porque así atentarías contra tu sér orgánico sensorial y mental.

Hombre anarquista: jamás te sometas ni obedezcas dictados exteriores. No ahogues nunca tu propio caudal de iniciativas, de conocimientos, de deducciones, de sentimientos, de tus más nobles y sentidas pasiones, únicas que pueden Inventar, crear...

Es necesario que el hambriento de saber y de libertad, de pan y de luz, al discurrir sobre sus necesidades físicas, intelectuales, morales, etc., sepa descubrir en ellas el derecho a que sus semejantes también las satisfagan de acuerdo con las características de cada uno para que puedan cumplirse las particulares leyes de conservación y expansión de la vida.

Tener un norte propio es algo primordial en la ideología anárquica. Cuando no se posee, se titubea y se pierde tiempo en la marcha hacia la emancipación integral.

El criterio, o la justa interpretación de las ideas anarquistas, necesita ser secundado por la consecuencia, es decir, por la práctica de cuanto se piensa, en la medida que los sistemas de gobierno o de autoritarismo permiten. Poca influencia, poco radio de acción abarcará una idea más o menos bien expresada y justa si el propagandista no tiene la sinceridad y el valor de obrar de conformidad con la misma, aceptando todas las consecuencias.

Es una aberración, por ejemplo, decirse enemigos del militarismo o de la patria chica y servirla con las armas en la mano, pasando por el servicio militar; hablar de buenos hábitos, exponer la necesidad de la higiene, y ser un perfecto vicioso en todos los órdenes; despotricar contra la Iglesia y contra el Estado, y acabar casándose como Dios o el Estado mandan o bien llevar el hijo a la pila bautismal; decirse antipolítico y votar, o peor todavía, dar la mano a los que hacen política o contraer compromisos con los mismos perfectos simuladores de amistad y buenos propósitos, adoptando con ellos una posición ambigua de doblez con asomos de vanidad, simples reflejos de su cobardía.

Mantengamos con firmeza las ideas anarquistas y practiquémoslas. Así seremos una garantía para el proletariado, que siempre ha sido engañado por unos y otros aspirantes a gobernar. Para inspirar absoluta confianza a los oprimidos, es preciso que los actos de los anarquistas sean la materialización de las palabras. Vivimos la hora en que solamente los buenos ejemplos se abren paso. Defendamos y vivamos la anarquía. ¡Viva la anarquía, ideal de justicia humana!

FLOREAL OCAÑA

Sobre la crisis del

Hemos creído siempre que el sindicato es nuestro principal lugar para el proselitismo. Los sindicatos son la plaza fuerte de nuestros predicados ideales de libertad y justicia. Y esta postura, adoptada a veces de mala gana por intérpretes del anarquismo, demasiado específico, excesivamente aferrado a la teoría moral de la misma, por miedo a «dejarse algo en el camino», ha producido en diversas épocas muchas y prolongadas discusiones.

Recordamos a Prat y Bonafulla, y a ciertos compañeros franceses, mirando con cierto desdén las organizaciones proletarias. Más tarde, algunos de ellos, como Prat, convenciéronse de que las ideas hallan mejor campo de cultivo en los sindicatos obreros. Tanto es así que en su folleto «Necesidad de la asociación», hallamos el canto adecuado a la labor soñada. ¿Dónde mejor que en los núcleos humanos, puede esparcirse el grano que ha de fructificar, sino en los conglomerados organizados donde palpitan constantemente, y se generan, ansias nuevas de redentora libertad en todos los órdenes? ¿Y dónde mejor que en estas humanas agrupaciones, poder sembrar el espíritu de solidaridad humana? ¿Y en qué parte mejor que en estos colectivos núcleos se puede lograr infiltrar una mayor cultura social y humana que facilite y acelere la llegada a puerto?

Ahora bien; sobre la eficacia para lograr mayor amplitud, mayores áreas de asimilación y de prosélitos de nuestro ideal, nos permitimos algunas apreciaciones que son dignas de tenerse en cuenta por haberse olvidado en la práctica su ejercicio normal.

Nuestras ideas necesitan ejemplo. Y el ejemplo ha de ir acompañado también de una regular y definitiva afirmación de la teoría, hermanando con los hechos, con la conducta ejemplar del anarquista en ejercicio.

De nada nos habría de servir la prédica de la libertad si nos convirtiéramos al mismo tiempo en alguaciles o jueces. De nada nos habría de servir entonar endechas contra la explotación del hombre por el hombre, si al mismo tiempo ejerciamos estas prácticas en beneficio únicamente personal. De nada nos habría de servir aconsejar una repulsa y una acción contra la Iglesia y sus jerifaltes, que esparcen la ignorancia en los cerebros vírgenes, si practicáramos todas las costumbres, bautizar, casar y comulgar, como hacen los católicos. La contradicción entre la teoría predicada, y la práctica ejercida, no pasan desapercibidas a la intuición de los más romos cerebros proletarios.

Para el anarquista no puede existir dualidad en la conducta, en las relaciones entre humanos. La teoría de sus ideas, debe ser constatada por la práctica, sin subterfugios ni convencionalismos justificativos de ningún género, ni de ningún orden. O ser, o no ser.

Entremos ahora en el terreno de otras posibilidades proselitistas. Se cree necesario «ensanchar la base». Perfectamente. Y algunos de los amigos nuestros interpretan el ensanchamiento haciendo concesiones de orden especial y circunstancial. El camino no es, para nosotros, el más claro.

Se habla también de remozar el anarquismo. Y la catilinaria se nos antoja absurda. Nos suena a vacío. Nos parece como si oyéramos decir que es necesario escuchar las campanas de las doce para saber efectivamente que es mediodía.

Nosotros creemos, hemos creído siempre, que a la idea anarquista no le ha faltado jamás el frescor lozano y agradable de su juventud. Es siempre actual y prometedor. Un ideal que lo contiene todo, y que puede realizarlo todo, es un ideal de juventud, no de la juventud. Y la juventud no se concibe por los años de existencia de un sér, de los seres, sino por la expresión y contenido de confianza, de posibilidad de realizaciones y de contento ético en las aspiraciones humanas.

¿Se os podría indicar qué es lo que hay que remozar del anarquismo como ideal de justicia y como contenido ético? Tal pretensión nos está sonando a hueco. Parece decirnos que la fatiga de algunos remozadores halla su salida en este recurso dialéctico o verboso.

¿Qué es lo que hemos de remozar de un ideal cuyo contenido ofrece cuanto el sér humano, cuanto la sociedad entera apetece para ser feliz?

¿La forma de exposición? ¿La forma de propagarlo? Algo hemos ya referido al respecto.

¿Es que ha habido alguien que haya superado a Kropotkin, a Reclús, a Malatesta, a Fabbre, a Rocker, a Mella, a Bakunin, a Proudhn, y tantos otros, en la exposición de la objetividad anarquista?

¿Es que hay algo nuevo que decir sobre lo que tan bella y lógicamente han expuesto nuestros teóricos, empezando por Godwin?

Que han advenido al palenque de la pública discusión y examen, algunos nuevos valores de la intelectualidad internacional a desempolvar estas nuestras concepciones, agregándoles sus puntos de vista particulares, complementarios? Es algo que no podemos negar. Pero tampoco podemos aceptar la novedad explosiva y fundamental que algunos pretenden atribuirles. Para nosotros ello constituye afortunada y valiosa coincidencia. Estimable aeración.

Porque, en definitiva, no hay nadie que pueda descubrir lo que no existe. Podrá ser desconocida la existencia de algo que el hombre no ha podido hallar, pero que, en base a antecedentes étnicos o geológicos, se sabe que existe. Pero de lo que no existe, ni hay idea de ello, no puede ser nadie portavoz si no en el terreno de la suposición. Los sueños de ayer fueron la base, en todo momento, de las realidades sucesivas. Pero los sueños son base de algo que la realidad no puede ocultar al examen minucioso del sér humano. Lo contrario, sería entrar en el reino de la quimera. El antecedente puede ayudar a las realizaciones utópicas o así consideradas. Y el antecedente puede contribuir grandemente a las concepciones de un nuevo sentido ideal de la vida. Pues bien: Esta última parte la han revelado ya los maestros del anarquismo, sin que esencialmente, básicamente, se haya aportado nada nuevo sobre el concepto de la anarquía.

«Homo sibi Deus», ha dicho un filósofo alemán. El hombre es el dios de si mismo. Es el todo, lo reúne todo. Lo puede realizar todo.

pretendida anarquismo

(Continuación)

Se ha dicho y afirmado, que el hombre no debe ser esclavo del hombre. Se ha dicho y demostrado que nada abona el derecho de ejercer soberanía despótica ni benévola sobre el hombre. Se ha afirmado que la justicia social es la base de una fraternal convivencia entre los humanos. Se ha dicho que el amor no debe ser prostituído por el interés vil del dinero, o del soborno. Se ha demostrado hasta la saciedad que todos los defectos morales del hombre son originarios del sistema de injusticia presente, y de la desigualdad humana intolerable. En compensación, se ha demostrado que un nuevo concepto ético, basado en el amor a la humana especie, y al respeto de la personalidad, facilitarían el arribo al reino de la felicidad para todos.

Se ha afirmado que los privilegios son injustos. Y que el privilegio de poseer una cultura que beneficie a una clase determinada de la sociedad, constituye otra fase de la injusticia social presente. Y se ha mantenido el criterio de que la cultura debe ser accesible a todos los seres humanos sin distinción, con lo cual se lograría no crear las castas «superiores» que ejercen las tiranías de todo orden contra los desheredados.

Se ha tronado, diseccionando su papel histórico nefasto contra la existencia del Estado. Y previendo cualquiera otra forma de sustituirlo, o ponerle antifaz a otro aspecto de conglomerado estatal, nuestros pensadores se han anticipado contra el peligro afirmando que el Estado, llámesele burgués, socialista o proletario, y hasta anarquista, no deja de ser el Estado, encubridor de toda la injusticia contra los que lo han de soportar, y beneficiador de los que lo representen como clases «selectas» de la humanidad.

Por último, la triple expresión de Libertad, Justicia y Fraternidad, engloban cuanto apetecer pueda el hombre para lograr su felicidad.

¿Hay algún partido, sector, expresión social o política, que pueda ofrecer en sus programas o contenido «ideológico», amañados siempre, que se parezca, ni de cerca ni de lejos, a la concepción humana anarquista?

Entonces, ¿qué es lo que hemos de airear, remozar, revisar o vitalizar?

Si para el anarquismo el hombre lo es todo, y sin el hombre no puede existir nada, ¿en qué se apoyan los que disienten de esta concepción, para mejorarla?

¿Brown, Rusell, Read, Sousa Ferraz y algunos otros, coinciden con nuestros teóricos? Bien venidos a la arena de la exposición subjetiva y objetiva a la vez, de las ideas y admirablemente estimadas sus aportaciones valiosas al progreso de las mismas. Ello contribuirá indudablemente al aceleramiento del advenimiento del ideal.

Hace pocos meses nos hablaba el amigo Relgis de las posibilidades que en la Universidad se 'ban abriendo para introducir el pensamiento anarquista en la cultura de cuantos estudiaban los fenómenos de la sociedad humana, desde el punto de vista moral, social y económico. Y apuntaba, al mismo tiempo, los progresos que se percibían acercándose un poco cada día a los núcleos impacientes y ávidos de escrutar en el porvenir de las concepciones sociales de ayer para cotejarlas con las posibilidades realizadoras de un porvenir no lejano. Todo ello es esperanzador. Y es sintomático porque demuestra la quiebra de lo caduco del sistema que nos envuelve, y abre las puertas a los reductos de la investigación moderna. Y lo aplaudimos y nos llena de gozo. Y ayuda a nuestra tarea expositiva. Y nos inclina a estudiar con mayor interés la exactitud interpretativa de nuestras ideas, para que nuestra exposición, ante el adversario, no sufra merma ni aparezca falta de razón y de lógica.

Pero hemos de confesar que en ninguna de las expresiones apuntadas, hemos visto la novedad y la frescura de pensamiento, y de ampliación, que algunos han apuntado con inexplicable gozo y con euforia injustificada. Tal vez para hacerse los «novedosos».

Y es que la anarquía es la anarquía, y las interpretaciones individuales o personales son otra cosa. El clima, el ambiente, y cincuenta factores más, determinan que nuestros puntos de vista sobre ciertos problemas, o interpretaciones de los mismos, sean de un cariz o de una calidad desemejantes.

Por otra parte, y ello es muy importante tenerlo en cuenta, hemos olvidado una de las principales labores a realizar. En nuestra emigración, por las circunstancias que sean, nuestras actividades, nuestro trabajo en pro de la consecución de prosélitos, se ha limitado al círculo de los que ya estábamos convencidos y formábamos la militancia activa de nuestro movimiento anarquista y confederal. No hemos acudido a extender la propaganda a los centros de producción, a las obras, a los talleres, a las oficinas. Y es ahí donde el fruto de nuestros esfuerzos había de hallar verdadera compensación moral e ideológica.

Ciertamente, el progreso contingente o personal, de adeptos, no ha sufrido alteración perceptible en las filas de nuestras ideas. Pero, con todo, nos afirmamos en que quismo.

Hermanemos, pues, los deseos de llegar pronto con la serenidad y el entusiasmo que nos habrá de permitir contemplar el panorama lentamente, que trae aparejado el proceso de evolución y elaboración hacia el ideal deseado, concebido como el mejor a realizar para asegurar al mundo el disfrute libre de sus derechos y libertades.

Pero no olvidemos, a la vez, que, junto a nuestro deseo y a nuestra serenidad para esperar con ansia y reflexión, hemos de acompañar la inagotable fuente de nuestras energías personales, y con todos los medios a a nuestro alcance. Y nuestros medios alcanzan hoy mucho más volumen del que se quiere aparentar. Tenemos prensa, mucha más de la que algunos conocen; periódicos y revistas, pero no irradiamos con ellos las esferas susceptibles de impresionar, ni otros núcleos donde abrir brecha. No es delicado ni coherente, lamentarse, y contagiar con el pesimismo que nos sacude, a los demás. Es necesario, ineludible y urgente que cada uno según sus propios medios, y según sus aptitudes, que contribuya a centuplicar la labor de propaganda, de expansión del ideal. Cuando se quiere, y nosotros hemos hecho siempre lo que hemos querido y nos hemos propuesto, se logra lo más difícil; lo que otros no son ca-

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

paces de hacer, por ausencia total de esta gran fe que siempre nos animó para demostrar la justicia de nuestros ideales, con la tenacidad de los indómitos.

Terminamos con una machacona afirmación sobre el tema y su aparente o supuesta crisis.

Desde la muerte de Mella, Tarrida, Prat, Lorenzo y tantos otros como nos prepararon el camino, y cuya significación como exponentes del ideal no puede ser negado, nuestro medio anarquista, ciertamente, ha carecido de elementos intelectuales de altura. No obstante, el área de exponentes de menor altura ha ido creciendo enormemente. Tanto, que en todo el mundo tenemos compañeros que laboran y que levantan la voz de la anarquía, y cuya influencia aparentemente imperceptible, se deja sentir en todos los lugares y en todas las actividades locales de cada país. ¿Los resultados? Ya hemos dicho antes que es preciso, aun deseándolo mucho, que no nos atosigue el ansia desmesurada por llegar, pues las precipitaciones no son demasiado deseables si han de dar resultados incompletos.

Despacio y firme. Sin arranques de potro cordobés y paradas de burro manchego, como decía algunas veces nuestro querido Alaiz.

Finalicemos este engorroso trabajo recordando que las llamadas a los elementos intelectuales se hicieron siempre. En todas las épocas de nuestra historia reciente. Y reafirmo una vez más, según la experiencia, que la fallida de nuestras intenciones ha tenido como base, en todo momento y siempre, las causas enumeradas. Mucho hacer pinitos anarquistas, al estilo de Camba, Baroja, Lugones y tantos otros, pero a la hora de la verdad... pasaron el rubicón sin pena ni gloria.

H. PLAJA

Hacia un plan de

AUN a trueque de pecar de monótonos y de reticentes, no nos cansaremos en insistir sobre uno de los aspectos más fundamentales que ofrece la presente y caótica situación internacional. Vale la pena redundar en el tema. Va en ello, no sólo el prestigio y vida de nuestro movimiento, sino lo que está por encima, la posibilidad de hallarle una salida a este laberinto trágico en que se debate, por todo lo que va de siglo, nuestra angustiada humanidad.

Hubo un tiempo en que grandes sectores del proletariado, y que la mayoría de los países, avanzaban decididamente por la ruta de su liberación. Se había llegado a la evidencia de que al margen de los intereses capitalistas, al margen de las consignas patrioteras de los Estados, al margen del señuelo de las religiones, existía una causa suprema: la causa de los oprimidos, la causa de la humanidad.

La humanidad había encontrado su norte y recuperado su rumbo. Las capas sociales sobre las que pesaba directamente el estigma de la injusticia, concertaban un pacto de solidaridad y de lucha teniendo por objetivo finalista la emancipación de todo el género humano de las supersticiones de la religión, de los convencionalismos sociales, de la dictadura de los Estados y su confluencia en el conflicto armado; de la ley de bronce del asalariado y de las contradicciones del capitalismo. Se establecían de una forma clara, evidente, comprensible para las inteligencias más rezagadas, cuáles eran los verdaderos intereses de los hombres frente a los sofísticos intereses de clase, de linaje, de raza y de nacionalidad.

El choque de esta corriente de ideas contra el conglomerado de prejuicios, de intereses y de instituciones afincadas, hubo de ser enorme. El omnipotente aparato del Estado empleóse a fondo para romper el cerco de muerte o de asfixia lenta formado por los trabajadores organizados y por la intelectualidad liberal. Se inició la era de las persecuciones, de la puesta al margen de la ley de los organismos de lucha del proletariado, de las masacres y de las deportaciones. Y el Estado tuvo que vivir la pesadilla de ver levantados mil por cada uno que caía. Los mártires hacían milagros que no hicieron nunca los santos. Las represiones convertían en monstruos a los ejecutores ante los ojos del pueblo. Las instituciones en que se amparaban, caían en bochornoso descrédito. Y los claros abiertos en las filas de los victimados eran cubiertos con creces por nuevos prosélitos, más ardientes y más activos en su fe revolucionaria.

Todo esto ha desaparecido. La línea divisoria moral que hacía distinta una causa de otra causa, la causa de unos pocos de la gran causa de todos; los intereses de irreductibles minorías de los intereses del conjunto; el rutinarismo y el convencionalismo de casta, de familia y de dinastía de los ideales profundamente humanos; lo accidental y transitorio de lo fundamental y permanente, ha sido desbordado por las argucias maquiavélicas de la política. Lo que no pudo conseguir el hierro y el fuego, los asesinatos masivos de un Thiers y los verdugos que sucedieron a Thiers, lo han logrado los aventureros de la política. Lo consiguieron plenamente quienes cayeron en el pecado original de la colaboración del apaciguamiento, del **evolucionismo** impotente y claudicante.

Desde que se inició la era de los partidos obreros, de la colaboración en las instituciones del Estado, de los ministros proletarios, del corporativismo y del arbitraje, la sagrada causa de los humildes y desposeídos, la causa de la verdadera justicia y del verdadero progreso, se confundió plenamente con la causa de la **nación**, del **interés** público a recaudo de la patria y del Estado. Pero el Estado, la patria, la nación, no confundieron nunca su causa con la del verdadero pueblo. El conglomerado reaccionario agrupado en torno del Estado conservó siempre una clara concepción de sus intereses y objetivos. La política tuvo la virtud de provocar la confusión más absoluta más

realizaciones propias

allá de las trincheras del Estado, aumentando la lucidez en las mentes de los potentados.

Y fueron posibles las guerras cada vez más horribles y devastadoras. Los regímenes de fuerza, respondían más que a una necesidad de seguridad interna de los Estados, a las exigencias planteadas por las querellas internacionales. No nació el fascismo y el nazismo para aplastar a los pueblos italiano y alemán, sino para situar a dos Estados imperialistas en condiciones de competir por el chantaje de la fuerza y por la fuerza misma, con otros Estados también imperialistas. Las necesidades internas fueron un simple camuflaje de otras ambiciones o temores.

La toma de las fábricas por el proletariado italiano sirvió a Mussolini de pretexto como sirvió a Hitler de excusa el predominio comunista o socialdemócrata. Es cándida pretensión la creencia de que el ciclo totalitario respondía a una medida heroica del Estado para aplastar la revolución desbordante. En Italia y en Alemania, la revolución había quedado castrada como consecuencia de la guerra que sacrificó millones de vidas pertenecientes a la clase obrera y como consecuencia del colaboracionismo político que desvió a esta clase obrera de la ruta de sus verdaderos intereses. El fascismo era un recurso del Estado para hacerse más fuerte con vistas a las apetencias imperialistas, con vistas a los grandes ejércitos, a la concentración necesaria de poderes para la aventura de una guerra moderna y totalitaria.

Desaparecidos los regímenes de Hitler y de Mussolini, desaparecidos en medio de la deshonra y el fracaso absolutos, estigmatizado el totalitarismo por todo el mundo de Occidente, la revolución, el gran coco que sirvió de trampolín a los dictadores y a sus dictaduras, la argüida amenaza contra el principio de autoridad y de propiedad, no aparece por ninguna parte. El fascismo no fué la última carta arrojada sobre el tapete por los detentadores del privilegio. No nació el fascismo por presión de los acontecimientos sociales, sino de cara a los Estados rivales y como una diversión llamada a aumentar la confusión y desviar más en el pueblo la noción de sus verdaderos intereses

La confusión se deduce de que haya Estados de una u otra denominación; de la inclinación constante a tomar posiciones por parte de los candidatos a ser víctimas propiciatorias de la nomenclatura estatal. De las simpatías más o menos circunstanciales por ésta o aquella concentración política; de la implícita adhesión hacia las potencias «antitotalitarias» durante la pasada contienda; de las actuales simpatías por todo lo antibolchevique. Adhesiones circunstanciales en medio de una circunstancialidad invariable. Y como resumen de todo ello, la pérdida más completa de la noción de la propia causa, del propio rumbo, de las propias finalidades, propias en el sentido universalista y humano de la palabra.

La situación a que nos ha conducido la veneración política no puede ser más trágica. Es imposible atacar al comunismo sin favorecer, más o menos indirectamente, a quienes hacen del comunismo un tópico de diversión; es imposible arremeter contra la democracia sin hacer el juego a los comunistas. Faltos de una orientación propia y con capacidad combativa suficiente para determinar en los acontecimientos nuestro papel del verdadero pueblo, no puede ser más bochornoso. Y, sin embargo, no debemos, no podemos en tanto que revolucionarios, hacer el juego a nadie. Debemos precisar una línea de conducta propia, elaborar un plan de realizaciones capaz de sumar, sin desdoro para los fines de nuestra elevada empresa, la mayor cantidad posible de voluntades. Un plan de realizaciones de cara a realidades posibilistas, desprovisto este plan de arrogancias, de consignas vacías, de fraseología hueca, de estrechez dogmática, de autosuficiencia localista y de demagogia tronada.

Debemos hacer un esfuerzo para ensanchar nuestra base dentro de nuestras posibilidades. Estas son inmensas si somos capaces de proceder con sinceridad y con inteligencia. Acostumbrémonos a la idea de que empezamos de nuevo. Sepamos ser modestos, pero firmes y constantes en nuestros propósitos. El volumen de la empresa no debe asustarnos. Nuestros padres y abuelos partieron un día de cero y llegaron a la cumbre. Analicemos las causas de nuestros contratiempos. Sepamos aprender de nuestras derrotas. No nos estanquemos viviendo de nuestras glorias pasadas. Miremos al presente y hacia el porvenir. Sólo los viejos viven del pasado. Que los detalles pequeños, las pequeñas discordias, no nos hagan perder de vista la inmensidad de nuestra empresa. Unamos cuanto sea susceptible de unirse. Miremos hacia fuera y hacia todos los lados. Por encima de la clase busquemos al hombre. No hagamos montañas de simples montículos. Hay que hacer un esfuerzo para superar esta crisis y recobrar la personalidad perdida. No debemos resignarnos a ser determinados y a aceptar fatalmente cualquier acontecimiento. Reorganicemos nuestro frente y seamos capaces de atacar con armas propias de cara a nuestros propios objetivos.

J. PEIRATS

LA VIDA Y LOS LIBROS

En esta rúbrica comentamos todos los libros de los cuales los autores o editores nos hacen llegar dos ejemplares.

La literatura

III

ALGUNOS «DOCUMENTOS»: POTENCIA DE LA PALABRA; LOS MISTICOS DE LA GUERRA «AL PRINCIPIO FUE EL VERBO»

La literatura de la guerra es tremendamente abundante. Quien quiere documentarse, tiene sólo la dificultad de elegir. Es un fenómeno que se puede explicar tambien por la aparente tensión general de la vida durante la guerra, por la aparición de los escritores circunstanciales, en los que se ha despertado el sentido poético, el retorismo patriótico o el orgullo de narrar los acontecimientos excepcionales que les hicieron olvidar un poco la «monotonia rutinaria» e insipida del trabajo pacifico.

Desde el soldado que apenas sabe escribir hasta el más renombrado académico, se puede descubrir toda una serie de valores «negativos» en la moral, la politica, la religión, la economia, el arte. Todos estos falsos valores impregnados por la actualidad inmediata, pareciendo surgir de sentimientos que sobrepasan las normas sanas, de mentes excesivamente excitadas, de sicosis colectivas cuyo irracionalismo ostenta una lógica torcida, adaptada a los imperativos del momento.

Para el sociólogo, sicólogo y moralista, más que para el critico profesional, esta literatura constituye un inagotable material de investigaciones. «Material humano», que ofrece la respuesta sorprendente, a menudo definitiva, a ciertos problemas muy viejos, y a otros de nuestros días: las correlaciones insospechadas entre realidades económicopoliticas y el psique individual, las manifestaciones del YO instintivo que se agita en un guerrero tosco, o de la Conciencia compleja de un pensador; fenómenos patológicos de las masas, las ilusiones que arrastran a las muchedumbres en el torbellino del odio y de la destrucción, y también los entreveros furibundos de los ejércitos, los «deberes» que engañan aún a las inteligencias más escépticas y anulan el valor moral de los ideales heredados desde siglos. Y tantas necesidades artificiales, que resultan más bien de estos estados de pánico y terror que de realidades naturales; y tantas situaciones absurdas, tantos monstruosos acoplamientos «ideológicos», tantos sinsentidos que desalientan todo empeño de clarificación y equilibrio en el caos de las tormentas sociales y politicas...

Preferimos una sencilla incursión documental a una exposición teórica. Podemos dejar de lado a la multitud, dócil material amasado por líderes y dirigentes, empujada por sus malos pastores hacia los mataderos ocultos tras atrayentes praderas. Sus producciones anónimas — algunos las llaman folklore — son la expresión directa de su primitividad acosada por instintos y anhelos, segada por el hambre y las epidemias. Desoimos también a los escritores sin personalidad propia, sin potencia creadora: formidable sedimento de mediocridad idealizada; estribillos y retórica; aguas estancadas, infectadas por todas las cloacas de las ciudades, que se escurren luego, lentamente, entre riberas desiertas, con sus manchas grasientas, sin reflejar el sol, ni las nubes, ni los paisajes terrestres. Nos detenemos en algunos escritores, en cierto modo consagrados, porque su caso nos parece característico; expresan a la vez un estado general y, en contraste con su obra anterior a la guerra, ponen de manifiesto cuán frágil es la conciencia humana y cómo se pueden trastornar totalmente los conceptos elevados de la cultura y las conquistas tan penosas de la civilización.

Entre estos grandes escritores se destacan los escépticos, dotados de una estructura intelectual superior, que contemplan a los seres y las cosas con complacencia, con indulgente ironia y hasta con una compasión que todo lo comprende y lo disculpa. Y, no hallando en este mundo ninguna consistencia moral, tampoco pueden tener lo que se llama caracter; están, pues, predispuestos a fracasar en la primera tormenta y dejarse arrastrar por la corriente como cualquier hombre común. Anatole France, por ejemplo, no necesitaba las muletas de las «circunstancias atenuantes». Era y es todavía muy conocido. Pero el autor que, en su «Abad Coignard» y «Señor Bergeret», se ha expresado acerca de la guerra con tanta revuelta humanitaria, llegó a renegar su obra y lamentar que, ya viejo, no estaba en condiciones de llevar un fusil, pero, escribiendo articulos y manifiestos, que puede firmar cualquier chauvinista vulgar, ha glorificado hazañas de guerra que condenaba antes con amargas palabras. Sus invocaciones (recordamos a su «Juana de Arco» también) se volvieron fervorosamente patrioteras : « Oh, fuego sagrado, desciende sobre los combatientes en las trincheras », etcétera. Estos saltos — no los llamamos «de conciencia» — los encontramos en muchos escritores destacados y no los explicamos, ya que ellos tampoco se tomaron la molestia de justificar sus virajes.

(Los ejemplos que señalamos datan de los comienzos de la primera guerra mundial. Si predominan los de un solo campo, es porque no se podia conseguir entonces las publicaciones adversas. Más tarde, en otros trabajos, hemos utilizado varias fuentes documentales. Pero no nos parecen imprescindibles en esta versión española.)

Con dolorosa vacilación nos referimos aquí al autor de la «Evolución Creadora» — de cuya filosofía se afirmaba entonces que representa un momento culminante, comparable al de Platón o de Kant. Durante la guerra, Henry Bergson trató de aplicar su filosofía con meras polémicas politicas. Esbozó una teoria del espiritualismo en lucha con el materialismo, pero restringiendo a este último a la coalición enemiga, es decir, a los invasores de su patria. La universalidad de un pensamiento como el de Bergson tuvo que fracasar, en su intento de aplicar «prácticamente» criterios forzados y unilaterales. Es, en verdad, muy penoso comprobar que la razón más sutil y más amplia se extravia siempre, si penetra en los dominios donde rigen el delirio de las pasiones y la locura sangrienta de la guerra.

Numerosos son los que, no pudiendo romper con el pasado y sus convicciones humanitarias, quieren adap-

de la guerra y la nueva era

tarse a toda costa a la actualidad bélica y, naturalmente, a favor de su patria y de sus aliados. Al lado de teorías más o menos filosóficas, abundan las de orden económico, político, étnico, religioso y aun cultural. En su mayoría, éstas no son más que meras torsiones a la dialéctica y el buen sentido. La falsa fusión entre los ideales humanitarios y los horrores de la matanza patriótica es, en realidad, palabrería salpicada de todas las grandes expresiones abstractas. Aun si alguien trata de ahondar su significado, debe saltar finalmente, sin más explicaciones, el implacable abismo entre antítesis. El profesor Carlos Richet, miembro del Instituto Francés, sabio de grandes méritos, descubridor de la anfilaxia y luego investigador de la metempsiquica, fundador de sanatorios y laboratorios, el defensor del *Homo sapiens* contra el *Homo stultus*, y autor también de páginas a veces sorprendentes de índole filosófica y literaria, nos dió en algunas estrofas firmadas por él mismo, el ejemplo — digámoslo: clásico — del forzado compromiso entre la cultura y la guerra:

«Maudite sois-tu, guerre infâme
Qui sèmes l'horreur et le deuil,
Qui donnes les haines à l'âme
Et l'adolescent au cercueil!

. . . . . .

Maudite sois-tu par les mères
Dont les sinistres désespoirs
Vont dans les foyers solitaires
Rêver sous de vêtements noirs!

. . . . . .

Soit maudite, ô guerre cruelle
Par qui tant d'êtres ont pleuré...
Mais parfois tu brilles si belle
Que parfois le mal est sacré!

. . . . . .

Alors, alors, guerre sanglante,
Quand ces martyrs tombent pour nous,
Tu rayonnes, étincelante,
Et je t'adore à deux genoux»...

(«La guerre», Rev. hebd., 14, 1915)

(Entonces, entonces, guerra sangrienta, / cuando esos mártires caen por nosotros / tú destellas resplandeciente, / y yo te adoro de rodillas».)

La poesía es prolífica también en tiempos de guerra. Y es igualmente pervertida, como la filosofía aplicada a la «ideología» bélica. De este modo se utiliza el material constituído de todos los valores morales de la humanidad, de sueños e imágenes armoniosas, de idealizaciones supraterrestres... El fetichismo chauvinista, ciego e insaciable, la glorificación hiperbólica del heroísmo sangriento, las culminaciones extáticas de las ilusiones y ficciones que envuelven en sus oropeles los horrores de la matanza colectiva, todas estas lucubraciones constituyen el rico pasto de los poetas de toda laya.

«Belle France délicieuse,
Tantôt grave, tantôt rieuse,
Nous te garderons de mourir
O, paisible fille des Gaules,
Et nous déploierons tes grands saules
Sur les rives de l'avenir.

Aujourd'hui tremblent nos frontières
Notre sang se mêle aux rivières,
Nos laboureurs sont demi-dieux
Et tant d'âmes te sont rendues
Que les étoiles eperdues
Vacillent dans des milliers d'yeux».
La ceinture de nations
Regarde, autour de la mêlée,
Tu n'est plus la frêle isolée:
Et toute l'Europe enflammée
Contre une bestiale armée
Leve des coalitions»...

(G. Aymot: «France», «La Nouvelle Revue», 70, 1915)

Para mantener el ímpetu de los ejércitos, la confianza de los que esperan «la victoria final», para fortalecer la «sagrada unión» (eufemismo que oculta el sagrado egoísmo de los privilegiados), esta literatura nunca es demasiado abundante: entusiasmo, glorificación, exaltación, hipertrofia del orgullo nacional en detrimento de la dignidad genuínamente humana, etc. El doloroso ridículo o la grandilocuencia insoportable en la mayoría de estas poesías de guerra son evidentes, desde luego, sólo para los «traidores» y «derrotistas», para los miserables enemigos de la patria, de fuera y de adentro. La medida, la lógica, el sentido común, la hombría de bien son para otros tiempos.

Muchos, muchísimos, son los poetas ocasionales. No podemos ignorarlos. Ni dudar de su sinceridad. Pero ésta, precisamente, reviste lo más grave: la sinceridad, aun esporádica, en los instantes de «inspiración», cuando el poeta está poseído por las ilusiones colectivas, la hipnosis ultranacionalista, la chacharería desaforada, el idealismo disfrazado que trata de ocultar o ennoblecer las realidades infernales de la masacre, el saqueo y la destrucción.

Preferimos la otra sinceridad, de la bestia desnuda y rechinante — la «fiera literaria» que puede arrojar palabras duras, hirientes como el acero, aplastantes cual mazadas en la testa. Preferimos su terror desafiante, su odio persistente, patológico, el «santo odio», contrapeso de la «sagrada unión», con todas sus exacerbaciones aniquiladoras. Esta expresión directa, sin rodeos estilísticos, del salvajismo bélico no es tan frecuente, ya que el «bárbaro civilizado» conserva cierto pudor entre sus virtudes especiales:

A tí te odiaremos con odio inextinguible,
Nunca abandonaremos nuestro odio,
Odio en la tierra, odio en los mares,
Odio de la mente y odio de la mano,
Odio de los martillos y odio de las coronas,
Despiadado odio de los cientos de millones
Que aman juntos, que odian juntos
Y tienen, todos, un solo enemigo: ¡Inglaterra!»

(*Ernst Lissauer: «Hassgesang gegen, England*)

Tales aullidos en versos — ¿hay que llamarlos poesías? — pueden despertar más intensamente en algunos el sentido contrario, hondamente humano; pero tam

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

bién pueden excitar hasta la rabia a regimientos enteros, avalanzados en sus asaltos repetidos contra el enemigo.

En cuanto a las descripciones y narraciones en prosa sobran en demasía. Puede ser que la mitad de los combatientes «cultos» tengan su cuaderno o diario de guerra, por lo menos sus cartas a los familiares, sin contar a los que supieron arreglarse detrás del frente peligroso, en la «parte sedentaria». Esta epidemia gráfica hace verdaderos estragos durante y después de la guerra; relatos, apuntes, cuentos, novelas, memorias, etc., se derraman en los jardines ya devastados de la cultura. Todos estos autores describen lo que habian experimentado y vivido en carne propia, o por lo menos lo que habían «visto y oído». Es como un alud irresistible, como un aturdidor derroche de orgullo y vanagloria heroica. Aquí también preferimos a la bestia alegre y terrible, que no sabe de discursos y peroraciones, pero sí sabe aullar y obrar, tal como la incitan sus instintos desnaturalizados.

Hay ciertas páginas de guerra incomprensibles en nuestros dias. Sólo con la mente depurada del hombre consagrado al trabajo pacífico — con los anhelos espirituales realizados en algunas conciencias libradas de todos los viejos obscurantismos y mentiras convencionales — podemos comprenderlas y abarcar todo lo absurdo y horroroso que encierran. Para el conocimiento del alma y la mentalidad individuales y también de las aberraciones colectivas, los escritos auténticos, sinceros, de la bestia humana «culturada» constituyen pruebas más determinantes que las demás obras literarias, impecables en su forma, estéticamente acertadas, pero carentes de la consistencia brutal y cínica de la «verdad realista».

E. RELGIS

LAS VIDAS AGITADAS

ESTE ilustre poeta italiano, el primero de los humanistas y el que inauguró esa hermosa florescencia humana conocida con el nombre de Renacimiento, nació en Arezzo el 20 de julio de 1304. Hijo de una distinguida familia de Florencia, que hubo de huír de la ciudad a consecuencia de las legendarias luchas entre güelfos y gibelinos, pasó su primera infancia en Incisa, pequeña villa del Arno, separado de su padre, fugitivo y perteneciente al partido de los güelfos. Su nacimiento coincidió con el movimeinto güelfo capitaneado por Dante y otros distinguidos florentinos, levantados contra la tiranía de los gibelinos, o «negros», naciendo la misma noche en que el gran poeta y sus amigos entre ellos Petracco, padre del Petrarca, intentaban entrar a viva fuerza en Florencia.

Fracasado el intento y perdida toda esperanza inmediata de regresar la familia a Florencia, trasladáronse a Pisa, cuando Petrarca contaba unos siete años. Pero no encontrando Petracco ambiente para sus funciones de jurista, dirigiéronse a Aviñón, donde afluían muchos italianos, desterrados unos, descontentos otros. La carestía de la vida hizo que Petrarca y sus hijos se trasladaran a una pequeña aldea, en la que había un viejo maestro, algo poeta, el cual se encargó de la educación de Francisco Petracco, o sea el Petrarca, como más tarde fué conocido el insigne humanista que nos ocupa.

Petracco se empeñó en hacer del Petrarca un excelente jurista, pero el mozo tenía más afición hacia las lenguas clásicas y la poesía, que hacia los libros de leyes. Enviados por su padre a Montpellier, Petrarca y su hermano Gerardo, el primero, lejos de estudiar, se abismó en la lectura de los clasicos latinos y griegos, gastándose cuanto dinero conseguía en la adqusición de libros. El propio poeta ha contado cómo un día su padre, descubriendo una colección de libros clásicos que Petrarca había trabajosamente logrado reunir, se los quitó, condenándolos al fuego, como si de libros heréticos se tratara, salvándose sólo del auto de fe unos volúmenes de Virgilio y Cicerón, cuya vida concedió el iracundo padre al ver el desconsuelo del mozo. La muerte de Petracco libró al Petrarca de la esclavitud a que le tenía sujeto el autor de sus días, en su empeño de hacer de él un magistrado, cuando el muchacho no tenía la más mínima afición hacia la magistratura. Sin la tiranía del padre y libre de hacer su voluntad, dedicóse Petrarca con entusiasmo a la literatura y a la poesía...

Pero poco después de la muerte de su padre falleció su madre, y a vuelta de pleitos y enredos jurídicos, quedaron los dos hermanos completamente en la miseria, no quedándoles más remedio que adoptar la solución de aquella época: tonsurarse y vestir el hábito clerical.

Mas las negras vestiduras no habrían de impedir al poeta que una de las más grandes pasiones de la historia derramara sobre su vida el resplandor que la iluminó, prolongándola a la posteridad. Porque lo cierto es que toda la obra del poeta, la mejor y la más humana, la que verdaderamente coronó su frente con los laureles de la gloria, fué la que supo inspirarle Laura.

El viernes santo, 6 de abril de 1327, asistiendo Petrarca a los oficios divinos en la iglesia de Santa Clara de Aviñón, vió por primera vez a Laura de Noves, hermosa y joven dama provenzal. El más profundo trastorno que esta pasión, nacida rápidamente y no extinguida jamás, produjo en la vida de Petrarca, él mismo lo ha contado en sus obras, particularmente en el «Cancionero», cuya lírica armoniosa, desbordante de ternura y pletórica de imágenes, no ha sido aún superada.

Laura estaba casada con Hugo de Sade y sus relaciones con el Petrarca no traspasaron los límites de una amistad ardiente y tormentosa por parte del poeta y serena por parte de la mujer, que había de inmortalizarse por medio del amor inspirado.

Algunos autores han sostenido que Petrarca jamás habló con Laura, limitándose a verla en la iglesia o paseándose bajo los tilos desde las venta-

PETRARCA

nas de una casa que compró cerca del palacio donde vivían los Sade. Sin embargo, parece probado que se introdujo dentro del hogar de su amada, y que Laura fué asediada por el poeta, más humano que sacerdote, aun cuando los avances de éste se estrellaron contra la firmeza, recato o desamor de la hermosa provenzal. Entonces, la pasión no satisfecha se desbordó en sus obras, y todos los «Triunfos» son un canto apasionado a la belleza, inteligencia y virtudes de Laura y un poema de dolor cuando la muerte le arrebató la mujer adorada.

¿Amó Laura a Petrarca? Es lo más probable suponerlo, pero el misticismo amoroso de la época y su condición de mujer casada, pesando sobre su espíritu, impidieron que aquel amor se convirtiera en pasión carnal, conservando la espiritualidad que había de inmortalizarle.

La situación de Petrarca, sacerdote, si bien al estilo mundano de aquel siglo, y enamorado de una mujer casada, era en verdad excepcional en los usos y prejuicios de la época. Por esto quizá, más que por la trascendencia universalista de sus obras, mereció el título de «primer hombre moderno», ya que en realidad este amor estaba desplazado del tiempo en que vivía.

Otras mujeres, rivales indignas de Laura, surgieron más tarde en la vida pasional del poeta, pero ninguna ocupó sitio importante en su obra ni en sus sentimientos. Fueron las imágenes vulgares de su amor, empequeñecido por la gran pasión sublime que una supo inspirarle, más sublime al ser imposible y desgraciada. Menéndez y Pelayo dedica a este amor, base fundamental de la vida y la obra de Petrarca, páginas bellísimas y afectos gentiles y tiernos, de éxtasis intelectual, un estudio detenido y claro. Dice que sus versos, del poeta «reflejan la llama misteriosa de su pasión, muy humana sin duda, pero mezclada de de vaga tristeza y deseo, antes ahogado que nacido, pero pronto a renacer siempre. El carácter ilícito de esta pasión, puesto que no se trata de una doncella, sobresalta y alarma su conciencia con escrúpulos que jamás ha tenido la liviana poesía de los trovadores, le hace fluctuar entre la esperanza, la duda y el remordimiento, le persigue en las locas visiones del sueño, le arrastra a la soledad y le hace huír de ella, aterrado de sí mismo. La pasión del Petrarca, a pesar del velo candidísimo que la envuelve, a pesar del sereno ambiente que la circunda, es pasión tormentosa y trágica, pasión enteramente moderna y romántica.

La pasión que por Laura sentía, no le hizo, sin embargo, descuidar su afición a los estudios clásicos, ni impidió que se mezclara en aventuras políticas, cmo la de Rienzi, el famoso tribuno que hizo revivir la República de Roma. El mismo deseo insatisfecho, la misma pena amorosa, que llevaba en su alma, le precipitó a viajes insólitos en aquella época, convirtiéndole en pleno siglo XIV, en un infatigable viajero propio de nuestros días. Visitó París, Bélgica, parte de Alemania, Suiza, el Rhin, y la selva de los Ardennes, trabando amistad con los hombres más ilustrados y copiando manuscritos de autores clásicos. Cultivó, no sólo la literatura, sino las ciencias y la retórica, siendo triunfos ruidosos para él las veces que tomó la palabra ante el foro o ante las multitudes. Su verbo, brillante y florido como su poesía, deslumbró y eclipsó la fama de los grandes oradores de aquella época.

En 1337 hizo un alto en sus viajes y se instaló en el valle de Vaucluse, cerca de Aviñón, lugar delicioso, en el cual aún se conservan las ruinas del castillo que habitó el Petrarca. Allí, enfrentado con la Naturaleza, y parece que con la vida, pues aquel mismo año una mujer, cuyo nombre se desconoce, le dió un hijo llamado Juan, no legitimado hasta 1347, que murió a los veinticuatro años, después de haber ocasionado a su padre continuos disgustos, escribió el Patrarca varias obras y gran parte de las canciones y poemas que su amada Laura le inspiraba. Resulta singular la situación del poeta, viviendo con una mujer, que fué madre de un hijo suyo y a la que no dedicó ni una línea, y continuando el culto fervoroso de la pasión que no había de abandonarle en toda la vida.

Tres años después, el Senado de Roma y la Universidad de París ofrecieron al poeta la doble corona de laurel que ciñó su frente. La gloria del poeta estaba ya cimentada y su nombre legado a la posteridad y no precisamente por las obras de filosofía y refundición del clasicismo, sino por la gran pasión que le inspiró lo que hay de más personal, inconfundible e insuperable en la obra del Petrarca.

En 1346 le fué ofrecido el puesto de secretario del Papa, siendo éste el primero de los cinco ofrecimientos que en tal sentido se le hicieran. Ofertas siempre rehusadas firmemente, ante el temor de que aquel puesto coartase su libertad y pusiese trabas a su vida, en la que es estudio alternaba con los cantos amorosos.

Cuando en 1347 Cola de Rienzi realizó la extraordinaria revolución que quería liberar a Roma de la tiranía del Papado, Petrarca aclamó el advenimiento del liberador. Su corazón arrastrábale hacia Romaá, y a fines de noviembre emprendió el viaje a Italia, pero al llegar a sus oídos los extravagantes excesos a que se había entregado el tribuno, abandonó sus propósitos, instalándose en Verona, en donde el Papa le había conferido un beneficiado el año anterior. Allí estaba cuando recibió la noticia del fallecimiento de Laura (6 de abril de 1348), muerta a causa de la peste que asolaba a Aviñón, de la cual murieron muchos de sus amigos y entre ellos el cardenal Colonna.

La muerte de su amada produjo una profunda transformación en la vida interna del Petrarca; tuvo el pensamiento de retirarse a una especie de

convento de humanistas. Aunque nada se llegó a realizar de tal proyecto, se observa un cambio notable en las composiciones literarias del poeta. Las poesías escritas «In morte di Madonna Laura» son más graves y para sus escritos en prosa escoge temas de más profunda meditación. Al propio tiempo, su fama, siempre en aumento, le abría nuevas relaciones, entre los patricios italianos. Las nobles casas de los Gonzagas de Mantua, de los Carrara de Padua, los Estes de Ferrara, los Malatestas de Rimini, y los Visconti de Milán, competían en agasajar al ilustre literato. La explicación de la discrepancia entre su celo por la libertad de Italia y su estrecha amistad con los déspotas que destruyeron las libertades de las ciudades lombardas, hay que buscarla en la tendencia, que se iniciaba ya, a honrar a sus literatos y patrocinar las artes, que distinguió a los príncipes italianos del Renacimiento.

En 1350 anudó una estrecha amistad con Bocacio, del que tradujo algunas obras, escritas en italiano vulgar, al latín. El senado de Florencia, por esta época el rectorado de la Universidad, pero él lo rechazó, prefiriendo su retiro de Vaucluse, en el que evocaba a Laura, y empezó aquel curioso fragmento de autobiografía conocido por «Epístola a la posterioridad».

Después de otra época de agitación política en su vida, que no podemos seguir porque haríamos el artículo interminable, se retiró a un monasterio cercano a Milán, en donde escribió el «Triunfo d'amore», también dedicado a Laura, retiro del que le sacó Galeazzo Visconti, enviándole a París y recorriendo en aquel viaje varios países. A su regreso a Milán, recibió la noticia de que su hijo había muerto, víctima también de la peste. Huyendo de ella, marchó a Venecia, a cuya ciudad, poco después de su llegada, donó su biblioteca. En el verano de 1370 se estableció en la aldea de Arqua, junto a Padua, en cuya parte más alta mandó construír una casa, única que se conserva de las varias que ocupó el poeta en las distintas poblaciones en que vivió. Allí, en compañía de una hija que tuvo, tampoco se sabe con quién, casada con Francisco de Brozzano, continuó con nuevo ardor sus estudios y trabajos literarios.

Pero la muerte ya le cercaba. Muy debilitado y consumido por la fiebre, escribía su última obra de humanista, que dejó inconcluída. El 18 de julio de 1374, uno de sus servidores le encontró muerto en su despacho, con la cabeza apoyada en un libro.

Menéndez y Pelayo dice que «fué el patriarca de las humanidades, el último romano providencialmente redivivo, el poeta laureado del Capitolio, el primero que contempló cara a cara la antigüedad latina, ya que sólo de lejos pudiese saludar a la griega. Esta visión del mundo clásico, incompleta sin duda, falsa a veces, fué en él tan intensa y avasalladora, que se sobrepuso a la realidad en que vivía, y merced a ella encontró el secreto de rejuvenecerse en las fuentes antiguas, no sólo por imitación directa, que es lo de menos valor en su obra, sino por asimilación y transfusión, creando en sí un tipo de hombre nuevo, para quien la Naturaleza tiene la belleza femenina no es sólo ínfimo peldaño de la escala de Jacob para subir al cielo, sino que atrae por sí misma los ojos y los corazones de los hombres y se hace adorar de ellos con cierta manera de culto apasionado. Lo que hay de vivo y de Perenne en las rimas de Petrarca, lo que le ha puesto a la cabeza de todos los poetas del amor en la literatura moderna — sigue diciendo el ilustre crítico — son las perlas que sacó del fondo de su alma y engastó con arte supremo en el anillo de su rica pero ingenua cultura; es riquísimo el contenido psicológico del cantor de Laura, el cual mostró con su ejemplo que toda alma individual puede tener su historia; que en cada hora de la vida puede desarrollarse un poema. Las descripciones del Petrarca, tan imitadas y profanadas luego por la turba servil de sus discípulos ,tienen en su libro un verdadero y primaveral encanto. La imagen gentilísima de Laura parece desprendida de una tabla de Giotto. La naturaleza que la circunda está como penetrada del rayo de su belleza, y la sirve y acaricia con lluvia de flores y con rumor de fuentes.»

«Un alma — continúa — y sin duda de las más selectas, a quien sus mismas debilidades hacen simpática, se reveló plenamente en sus versos, los cuales iniciaron al mundo, no sólo en un género nuevo de poesía, sino en un modo nuevo de sentir. Y como en el alma del Petrarca trababan fiera lucha el hombre nuevo y el viejo, la pasión y el deber, lo sensible y lo ideal, el naturalismo y el ascetismo, su fe cristiana y las inquietudes morales que le hicieron rebelarse contra la Iglesia, y esta discordia interior fué en su vida una fuente inagotable de placer amargo y de dulce tristeza, el Petrarca, agitador y consolador de tantas almas, encontró antes que ninguno la expresión suave y cadenciosa, pero a veces intensamente elegíaca, de la melancolía romántica, que se ceba en sí misma con doloroso deleite y complacencia.

»Sin embargo, el Petrarca no fué más que un pesimista muy relativo; ni podía ser otra cosa con su amor a la Naturaleza y a la vida, a la poesía y a la ciencia».

Hasta aquí el juicio de Menéndez y Pelayo.

El Renacimiento, que tantas grandes figuras ostentó y tan magnífica e inmortal obra legó a la posteridad, inauguróse soberbiamente en este hombre inquieto, atormentado y generoso, de amplias visiones humanas, «apóstol de paz y de cultura», poeta del amor y de la belleza, que resucitó, sobre la desolación del cristianismo, la luminosa sonrisa de la Grecia rediviva.

SOLEDAD GUSTAVO

El filósofo de Walden

Thoreau was the most sagacious and wonderful Worthy of his time, and a marvel to coming ones.
A. Bronson Alcott

THOREAU era el más sagaz y maravilloso Valor de su tiempo, y una maravilla para los venideros, escribía a un amigo el original A. Bronson Alcott, luego de la muerte de Thoreau, animador de la comunidad «Brook Farm» y pedagogo de avanzada, padre de la poetisa clásica norteamericana Louisa May Alcott, la conocida autora de «Mujercitas» (Little Women), «Hombrecitos» (Little Men», etc.

El mismo Thoreau escribió una vez que «Mi vida ha sido el poema que hubiese escrito; pero no he podido a la vez expresarlo y vivirlo». Modestia aparte, uno de los más grandes especialistas de Thoreau en América, Walter Harding comenta: «Mas a pesar de su protesta humilde, pudo en verdad vivirlo y escribirlo».

A casi un siglo de su muerte (murió el seis de mayo de mil ochocientos sesenta y dos) Thoreau es aún más perdurable que en su propio tiempo, porque la esencia de su filosofía es tan vivificadora que alentará en el pensamiento de muchos hombres en el rodar de los siglos. Baste decir que, por el momento, en una mecanocracia como el gran país estadounidense, es el autor clásico que sobresale y, en cuanto a los otros países, recordemos a la India de Gandhi, que se liberó del colonialismo inglés gracias al pamfleto de Thoreau «Desobediencia Civil», la Biblia de Gandhi.

«Tiene hoy Thoreau —escribe Townsend Scudder—, un atractivo especial. En nuestro presente inseguro, ansioso y nervioso, cuando la mitad del mundo cree en la teoría esclavista de que el individuo debe ofrecer su cuerpo y su pensamiento al Estado, es reconfortante encontrar en Thoreau la opinión opuesta. Cuando por todas partes los gobiernos tienden a pisotear la libertad individual, bueno es encontrar en él a un hombre que cree que la conciencia y la libertad de los hombres deben seguir sus propias convicciones. Mientras los trabajos hábilmente tecnológicos aumentan de hora en hora la complejidad de la existencia, vale la pena recordar la determinación de Thoreau en hacer su vida tan práctica y sencilla como fuera posible, para gozar mejor así de los valores de la vida. Y cuando nuestro mundo crece tan artificialmente, gran alivio es visitar con Thoreau los bosques, los lagos y los arroyos que tanto amaba el explorar».

Desaparecido el hombre ante la fatalidad de la muerte, queda la obra, una obra que es el reflejo exacto de una vida y, por lo tanto, una vida que se proyecta más allá de la muerte debido a su perdurable obra. Los escritos de Thoreau no son «grafomanía» (una manía como cualquier otra), sino pensamiento en acción. Por eso no yacen arrinconados en el rincón de las viejas lunas, como tanto escrito que está sepultado en los cementerios de ciertas bibliotecas. Además al contacto con Thoreau, cautiva enseguida el hombre, pues presentimos que nos hallamos ante una de esas personalidades que encalza Ingenieros: «Los caracteres excelentes —escribe el gran sociólogo argentino—, ascienden a su propia dignidad nadando contra las corrientes rebajadoras, cuyo influjo resisten con tesón. Frente a los otros se les reconoce de inmediato, nunca borrados por esa brumazón moral en que aquellos se destiñen. Su personalidad es todo brillo y arista, firmeza y luz como cristal de roca».

¡La obra de Thoreau! Quien desciende a un sótano con aire acondicionado de una biblioteca neoyorkina (Pierpont Morgan Library) verá allí un rústico armario, hecho con tablas de pino por el propio Thoreau, que contiene todos los volúmenes de su monumental Diario, manuscritos y encuadernados por él mismo. Más de tres millones de palabras que cubren un cuarto de siglo. Empezó Thoreau a escribir su Diario en 1837, a los veinte años de edad y lo continuó hasta pocos meses antes de su muerte. Del Diario extraía el material para sus libros y folletos, era su «materia prima» y lo sigue siendo siempre para todos los amantes de la filosofía del gran filósofo, redactando nuevos libros que son como luceros del alba en la mediocridad de la prosa contemporánea.

De una familia de origen francés y escocés nació Thoreau el 12 de junio de 1817 en el pueblo neoinglés de Concord «pueblo de nombre tranquilo —al decir del filósofo— y que tiene fama de tranquilo», situado a escasas millas de Boston, la ciudad pionera de Estados Unidos. Famoso además por haberse dado allí el primer grito en pro de la independencia contra el colonialismo inglés y, más famoso aún, por haber sido sede de los grandes pensadores trascendentalistas de la época, entre los que descollaba el gran Ralph Waldo Emerson. Baste decir que ningún lugar de América ha podido igualar a esa «Nueva Atenas» que a la sazón contaba unos dos mil habitantes.

«Thoreau —me escribe mi amigo Louis Tort desde París (carta del 3 de enero de 1959)— es un ejemplo magnífico siempre de actualidad. Para mí, es el gran continuador de Diógenes y de La Boetie. Su superioridad sobre todos los constructores de sistemas (y son numerosos)reside en el hecho de que supo poner su filosofía en acción, ante el asombro de todos sus amigos y del propio Emerson». Thoreau, hombre virtuoso, «quiso vivir su vida». En oposición a las ansias monetarias de sus contemporáneos que soñaban con un «futuro dorado» por el metal áureo, pensó que sería

posible realizar lo que Emerson idealizaba en su libro «La Naturaleza», porque este autor era un gran idealista, pero avezado en los dolores del mundo, no pasaba la cerca que separaba la idealidad de la realidad. Si Thoreau, al decir del mismo «no pudo realizar el poema de su vida» ¿qué se podría decir de los otros escritores que escriben por grafomanía o con miras a posibles mercados? La historia ha demostrado que en verdad Thoreau fué uno de los pocos hombres libres que han pasado por la faz del mundo.

Luego de pasar cuatro años estudiando en la universidad de Harverd, de donde vino al pueblo con un diploma «gratuito», pues no quiso pagar los cuatro dólares requeridos por dicho papel (no valía la pena, según él), sus amigos esperaban que emprendiera una «carrera» lucrativa. Pero cosa rara en un joven de apenas veinte años, ya conocía la «vida de los hombres a fondo». En su ensayo **Vida sin Principios** que Rudolf Rocker considera «entre lo mejor que se haya escrito jamás» escribe Thoreau: «Este mundo es un lugar para los negocios. ¡Qué infinito despilfarro! Casi todas las mañanas me despierta el silbido de la locomotora, interrumpiendo mis sueños. Parece que no hay ni un sólo día de descanso. Sería glorioso de ver ya de una vez por todas a la humanidad reposando. Por todas partes trabajo, trabajo y más trabajo. Ya no se puede comprar un cuaderno en blanco para escribir en él nuestros pensamientos, pues casi siempre están rayados para asentar dólares y centavos. Un irlandés que el otro día me vió descansando en el campo, pensó enseguida que estaba calculando cuánto dinero podría extraer allí. Si un hombre se cae de la ventana o se cayó cuando era niño, viéndose así lisiado para toda la vida, o fué asustado por los indios, etc., se siente lástima de él, principalmente, ¡por su incapacidad para los negocios! Me parece que no existe nada, ni el mismo crimen, que sea tan opuesto a la poesía, a la filosofía y a la misma vida, como ese incesante ansia de negocios».

Abrió una escuela particular y con su hermano John enseñó en el pueblo, con un método «naturalista» que era toda una innovación. El amor de Thoreau por la infancia ha fructificado luego en obras como las del Dr. Edward Emerson, hijo del gran escritor, en el testimonio que nos ha legado con su libro **Henry Thoreau, recordado por un joven amigo.** Pero a la prematura muerte de su hermano, Thoreau dejó la enseñanza. El impacto sufrido por su desaparición fué tan grande que Thoreau no pudo resistir el enseñar allí de nuevo. Los dos hermanos eran antes amigos que hermanos, cosa por demás rara en todos los tiempos. El testimonio de este gran amor fraternal está grabado en letras de molde, en la hermosa poesía que sirve de umbral al primer libro de Thoreau: **Una semana en los ríos Concord y Merrimack,** relato de una excursión cuya semana fluvial sirve de marco a este gran libro .«Por fin — escribe Thoreau en el capítulo Sábado— un sábado del último día de agosto de 1839, nosotros dos, hermanos, y nativos de Concord, levantamos el ancla en este puerto fluvial», con un bote que ellos mismos habían construído. ¡Qué delicia seguir a los dos hermanos río abajo y luego río arriba, de nuevo hacia Concord! Este hermoso libro contiene además fragmentos de las literaturas griega, hindú e inglesa y es todo un poema a la Vida y a la Naturaleza. Con la buena fe de la juventud pensante, Thoreau editó el mismo **Una semana,** pero, escribe I. Hoover «más de setecientos volúmenes le fueron retornados por el impresor, enfrentando este desengaño con valor. En su modo característico recuerda así el episodio «Tengo ahora una biblioteca que contiene unos novecientos volúmenes, de los cuales he escrito yo mismo más de setecientos». Casi toda su vida tuvo que ir pagando poco a poco esta deuda de juventud. Hoy un ejemplar de esa primera edición, alcanza en el mercado bibliófilo elevados precios. Se han editado muchas ediciones de **Una semana** y en Europa se puede adquirir la publicada recientemente por Mac Millan en Inglaterra (Open Air Library).

El nombre de Thoreau estará asociado siempre a la laguna de Walden, a la cual fué a vivir el día 5 de julio de 1845, permaneciendo en ella dos años, dos meses y dos días. Construyó una cabaña, cuya imagen se conserva debido a un dibujo que hizo su hermana Sofía Thoreau, pidiendo prestada un hacha a Bronson Alcatt para talar algunos pinos. Lo que nosotros pudiéramos decir aquí sobre lo que hizo Thoreau en Walden, sería un pálido reflejo de la realidad. Que el lector interesado medite el segundo libro de Thoreau : «Walden o la vida en los bosques» cuya primera edición apareció en 1854 y del cual existen más de setenta ediciones posteriores. La mejor actualmente es la que ha redactado el naturalista norteamericano Edwin Way Teale: «Al añadir otro libro a la larga lista de los «Walden», he intentado producir el libro que siempre hubiera querido tener en mi biblioteca: un volumen con el texto completo de Thoreau, junto a una información sobre «Walden» actualmente y sobre el hombre que lo escribió, todo combinado con una colección amplia de fotografías que me hubiera permitido ver — a través de los ojos de la cámara — los lugares donde Thoreau vivió, por donde caminaba y pensaba, alguna de las cosas que él mismo había creado, algunos de los objetos naturales que tenía y, algo de la belleza, vida silvestre y variedad que aún permanecen en los lugares que tan apasionadamente amaba». Sobre « Walden » este mismo escritor naturalista comenta: «Es el solo libro que ya haya leído y que quiera releer en seguida que he terminado la última palabra», añadiendo que se trata «del libro más original de la literatura norteamericana y uno de los clásicos más grandes». Por suerte para los lectores de lengua castellana existen dos buenas traducciones publicadas en Argentina y aún no agotadas.

En la parte de la laguna más cercana a Concord, conocida por Deep Cove construyó su cabaña. El lugar exacto fué descubierto en estos tiempos por otro naturalista y se encuentra exactamente detrás del montículo de piedras que los inspirados por la filosofía de Thoreau en el mundo entero, depositaron allí, costumbre que se cree inició la gran poetisa Luisa Alcott. Desgraciada-

mente, como decía Han Ryner en «El Autodidacta», «la vulgaridad de la tierra parece tener un nombre que se llama hombre», ese hombre mediocrata que fustiga el gran Ingenieros en «El Hombre Mediocre», los **homo vesanus** posteriores han afeado con su artificialismo la hermosa laguna de Walden. El andariego que quiera ir allí de visita, de espíritu reclusiano, debe hacerlo como cuando Reclus se fué hacia la montaña, puro de mente y con gran amor hacia la vida natural. Llegar allí en pleno verano es observar un balneario en la parte oriental y en el mismo Deep Cove comenta Teale que vió allí, por el arbolado, más de treinta autos a la vez, la gente llevando los vicios de la ciudad al campo (llevando su vaciedad mental por doquier, cual diría Schopenhauer), con sus radios portátiles gritando y afeando así a uno de los lugares más inspirativos del mundo. Otra barbarie de los modernos ha sido la de talar numeroso arbolado para establecer otro balneario más. Los trabajos han sido sin embargo detenidos ante la protesta de los amigos de Thoreau y está por ventilarse si la laguna de Walden ha de pasar a ser un parque de reservación natural u otro lugar artificializado. Actualmente **(1959) la** «Walden Campaign» lucha en el sentido de poder preservar a Walden para la posteridad.

«Fuí a los bosques (léase a Walden) — escribe Thoreau — porque quise vivir deliberadamente, enfrentar solamente a los hechos esenciales de la vida, y ver si podía aprender lo que debería enseñar, no fuera que al morir, descubriera que no había vivido». Los que amen la bioestética de la naturaleza, los que comprendan la gran belleza que contienen los puros panoramas naturales, los que entiendan que las ciudades «son plagas de las enfermedades de la civilización» como **decía el** gran navegante solitario Alain Gerbault, los que quieran vivir una vida sencilla y mentalmente rica, etc., encontrarán en «Walden» de qué inspirarse. Y lo más importante de «Walden» es que no se trata de un libro imaginado, como lo son el noventa y cinco por ciento de los libros, sino del relato real de una experimentación. Dos son las enseñanzas capitales que pueden extraerse del ejemplo waldiano : vida sencilla y pensamiento elevado. «Los museos, decía Thoreau, son las catacumbas de la naturaleza», queriendo expresar que se debe amar a la naturaleza en la naturaleza misma. «He comprendido, añadía, que el hombre más rico es el que menos necesita», y, pasando del verbo a la acción vivió una vida sencilla y armoniosa.

Su amor por la vida natural surge en su librito póstumo «Caminando» que empieza así: «Deseo pronunciar unas palabras sobre la naturaleza, en favor de la libertad absoluta y de la vida silvestre». Haciendo en seguida el elogio de los peregrinos de la antigüedad que vivían siempre caminando y no anquilosando las piernas a la manera moderna. La vida de Thoreau siempre fué extra-muros. «Mide tu salud, escribía, por la simpatía que hace nacer en tí el amanecer y la primavera. Si en tí no hay ninguna respuesta ante el despertar de la naturaleza, si la perspectiva de una hermosa mañana no te saca de la cama, si el trino del primer pájaro azul no te emociona, es que la mañana y la primavera de tu vida ya han pasado. Esto es lo que puede hacer sentir tu pulso».

Por supuesto, Thoreau amaba también al hombre, una de las criaturas más admirables de la naturaleza. Pero criticaba con altura la existencia «antinatural del mismo». «Veo a hombres jóvenes, a mis conciudadanos, cuya desgracia es el haber heredado tierras, casas, establos, ganado vacuno y herramientas agrícolas; porque es más sencillo proveerse que despojarse de ellas. Cuanto mejor sería que hubieran nacido en campos abiertos, amamantados por una loba, para que pudieran haber visto con más claridad, a qué tierras habían sido llamados a trabajar». Y añade: «En todas partes, en tiendas, oficinas y campos, los habitantes me han parecido estar haciendo penitencia en mil formas extraordinarias».

Nadie podía explicarse «cómo Concord había empollado un ave tan rara». Porque el ejemplo de Thoreau es verdaderamente de «generación espontánea». El círculo de los intelectuales de Concord empezó a mirar con recelo a aquel pensador que, en vez de sentarse en un cómodo sillón y divagar sobre mil sutilezas, recorría todos los rincones de la naturaleza, escribiendo en su interminables «diarios» las observaciones reflexivas que hacía de ella. Los representantes de la autoridad empezaron a mirar a Thoreau como a un original sospechoso, pues sus meditaciones le hicieron pensar que no debía pagar ningún «impuesto» al Estado. Hasta que estalló la guerra con Méjico tales «extravagancias» fueron toleradas, pero ya el país en guerra, viniendo un día desde Walden con un zapato para remendar, antes de llegar a la zapatería fué arrestado y encarcelado. Aunque Thoreau actuaba así de acuerdo con su conciencia y para satisfacer su propia dignidad, no haciéndose grandes ilusiones sobre el despertar de sus conciudadanos, «la condición gregaria de los hombres, escribía, es lo más descorazonante y odioso de su aspecto», con su ejemplo iluminó el verdadero camino para la liberación del individuo acorralado por el dominismo imperante. No poco fué el estupor de sus paisanos y el asombro de familiares y amigos, al ver que el filósofo había acabado entre los gélidos muros de la cárcel local. Sobre todo los intelectualoides, rebeldes si se quiere en el papel o en el palabreo para «asombrar a la galería», pero raramente en la práctica, se extrañaron mucho de tal «audacia». Se cuenta que, por otra parte, el mismo Emerson al visitarlo en su mazmorra le dijo: «Pero, Henry, ¿por qué estás aquí?» A lo que contestó el filósofo: «Y tú, Waldo, ¿por qué no estás aquí?» No se sabe con exactitud y al caso poco importa quién fué el que pagó la multa requerida por las autoridades, se supone que fueron sus tías, pero aunque Thoreau solamente estuvo preso un día con su noche, no vaya a creerse que salió asustado o acobardado. Su protesta contra tal vejamen fué el ensayo «Resistencia contra ea gobierno civil», publicado ulteriormente con el título de «Desobediencia civil», panfleto que no debe faltar en ninguna biblioteca que se precie de culta, y uno de los libritos que más ha influenciado en los aconteçimientos del mundo, pues ya

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

se ha dicho, ayudó a la liberación colonial de la India. Así que, escribe Thoreau: «Cuando a la mañana siguiente, salí de la cárcel, hice mi encargo y, luego de que mi zapato estuvo listo, me fuí al monte a reunirme con unos amigos que estaban recolectando bayas silvestres, que estaban impacientes debido a mi conducta; y en media hora — pues me costó poco ensillar el caballo —, estuve en medio del campo de bayas, situado en una de nuestras más altas colinas, a dos millas de distancia, y en donde el Estado no puede ser visto».

«Desobediencia civil» apareció en 1849, en el primer número de la «Revista Estética», redactada por Elisabeth Peabody, la cuñada de Howthorne. Puede decirse que fué la tercera publicación en orden de importancia que vió Thoreau en vida. He aquí un extracto: «La mayoría de los hombres sirve al Estado, no principalmente como seres humanos, sino como máquinas, con sus cuerpos. Son el ejército permanente, la milicia, los carceleros, la policía, los somatenes, etc. En la mayoría de los casos se excluye el ejercicio libre del juicio o del sentido moral y los seres humanos se colocan por sí mismos al nivel de la madera, de la tierra y de las piedras; y podrán, tal vez algún día, producir hombres de palo, para llenar ese cometido tan bien como los de carne y hueso. No exigen más respeto que los espantapájaros o un terrón cualquiera de la calle. Sin embargo, son comúnmente estimados como buenos ciudadanos, aunque tengan el mismo valor que los caballos y los perros. Otros — como la mayoría de los legisladores, los políticos, los jurisconsultos, los ministros y los funcionarios —, sirven al Estado principalmente con sus cabezas, y como raramente hacen algunas distinciones morales, son tan apropiados, sin proponérselo, para servir a Dios como al Diablo... Un sabio verdadero solamente será útil como hombre y no se someterá a ser «arcilla» y «a cerrar un agujero para tapar al viento», sino que dejará esa tarea a su polvo al menos: «He nacido demasiado alto para ser objeto de propiedad, para ser un motivo secundario de control o para ser un servidor útil e instrumento de un Estado soberano en el mundo». Con esta declaración, el lector se dará fácilmente cuenta de que Thoreau se alinea con los grandes pensadores libertarios que registra la historia. Pues fué más lejos que Jefferson, para quien «el mejor gobierno era el que gobernaba menos». En «Desobediencia civil» dice Thoreau: «Reconozco de todo corazón el lema: el mejor gobierno es el que gobierna menos; y sólo desearía verle obrar rápida y sistemáticamente en este sentido. Pero llevado a la práctica, ese principio conduce a otro en el que también creo: el mejor de los gobiernos es el que no gobierna de modo alguno; y si los hombres están preparados para ello, ésa y no otra será la forma de gobierno que tendrán». Thoreau arremete contra la política, las leyes, los diarios corrompidos, etc. Ha sido este aspecto uno de los grandes pensadores libres y su influencia en Europa se ha dejado sentir, especialmente, a través del gigante Tolstoi.

Una de las injusticias humanas que más lo inquietaron fué la esclavitud de los negros y la caza de los indios. En lo más íntimo de su corazón

Thoreau fué un abolicionista (contrario a la esclavitud) aunque no perteneciera a ninguna organización antiesclavista. Cuando vivía en Walden, ayudó a escapar hacia el Canadá a más de un negro perseguido y defendió la causa de los esclavos con una emoción que aún repercute en nuestro tiempo. En la entrada que hizo en su «diario» correspondiente al 1 de octubre de 1851 escribía: «Acabo de poner a un esclavo fugitivo en el tren que lo conducirá a Canadá, con el nombre de Henry Williams... Vivió en casa y esperó allí hasta que se recogieron los fondos suficientes para que pudiera viajar. Al mediodía intenté hacerle viajar por Burlington, pero cuando fuí a comprar su billete, ví a uno en el depósito cuyas maneras se parecían a un policía de Boston y, por lo tanto, no quise aventurarme».

Cuando Thoreau conoció al original John Brown en casa del vecino Sanborn, quedó altamente impresionado. Brown había ganado en Virgilia la batalla en contra de la esclavitud, habiendo hecho con su acción un «estado libre». Cuando también Wendell Phillips quiso hablar en Concord contra la esclavitud, los timoratos del pueblo se lo prohibieron, pero Thoreau defendió la libertad de palabra de Phillips y logró que diera su conferencia, escribiendo luego un brillante resumen de la misma para el «Liberator» el gran periódico antiesclavista de entonces. A pesar de que era un artesano pobre, pues vivía de la agrimensura y de la fabricación de lápices, Thoreau aportaba su óbolo para la causa de los negros. También engrosó con lo que pudo los fondos que recolectaba Brown para una nueva empresa liberadora, de la que no tenía noticias. Cuando el país supo lo de Harper's Ferry, Thoreau se electrizó. Había tratado Brown de rebelar a todos los negros de ese nuevo lugar y a tal efecto, se había apoderado del pueblo, proclamándolo libre, con sus hijos y un

puñado de valientes. Pero la gente de color no estaba aún preparada para tal acción. Fracasada la insurrección, Brown fué ahorcado por el gobierno federal, uno de los más grandes crímenes que tiene en su haber el gobierno de los Estados Unidos. Por todas partes ante la reacción esclavista del gobierno, los abolicionistas más o menos timoratos, enmudecieron. No así Thoreau, que pronunció su conferencia «En defensa de Jhon Brown» en varios lugares de Massachussets (el Estado a que pertenecía Concord), como asimismo en Boston. La misma complacencia de las gentes de la región en donde vivía en cuanto a la esclavitud, le sugirió otra brillante protesta: «Esclavitud en Massachussetts», que como la precedente, también se conserva. Aprovechó también entonces para decir a los hombres cuatro verdades válidas en todos los tiempos: «Se ha dicho que América ha de ser el campo en donde se librará la batalla de la libertad... Incluso si convenimos en que el americano se ha librado de un tirano político, es todavía esclavo de un tirano económico y moral. Ahora que la república — la **res publica** — ha sido establecida, es hora de preocuparnos de la **res privata** — la condición privada —, para que como encargaba el senado romano a sus cónsules **la condición privada no reciba daño».**

Apaciguado un poco el país al finalizar la guerra mejicana y calmados un poco los ánimos, Thoreau volvió con más fervor que nunca hacia su naturaleza amada. Por entonces es cuando escribió también ese otro estudio suyo de gran trascendencia social titulado «La Reconquista del Paraíso», que es una brillante crítica a un libro de un mecanicista alemán. La filosofía libre de Thoreau es ruralista y, en este aspecto, tiene un parentesco con la que defendía la pensadora brasileña María Lacerda de Moura; en la multiplicidad de su obra se destacan también mil facetas, pues Thoreau es multiforme como la vida misma. Todos los problemas están allí tratados en su esencia. Por ejemplo, escojamos el de la soledad: Al preguntarle uno de sus conciudadanos si no se sentía siempre muy solo, vagando por los campos, especialmente en los días de lluvia, respondió que «cómo habría de sentirse solo estando nuestro planeta como está, en el hormiguero de la Vía Láctea»...

«Mirando hacia atrás — escribe Edwin Way Teale —, la vida en los tiempos de Emerson y Thoreau parecía sencilla. Con el transcurrir de los años los problemas se han multiplicado. Pero, no obstante, fundamentalmente la vida es la misma. Los problemas de la esclavitud y de la libertad están presentes en cada época. El valor, la sinceridad la vergüenza y la cobardía, pueden funcionar de modo diferente. Y es por lo que Thoreau trata de cosas universales y eternas, que sus páginas siguen siendo frescas, de aplicación inmediata y tan comprensibles como el día en que las escribió. No habrá nunca un tiempo mientras que la humanidad exista que los problemas que el enfrentó no sean los mismos que enfrentan los que leen sus páginas.»

Pero dejemos que el mismo Thoreau finalice este estudio, con un fragmento de su obra que, no dudamos, agradará a todos los naturalistas.

«21 de julio de 1851. — Ahora añoro uno de esos viejos, sinuosos, polvorientos y desiertos caminos que salen de los pueblos, nos alejan de la tentación y nos conducen tierra afuera, sobre su costra más externa; donde uno puede olvidar el país que está recorriendo; donde ningún campesino puede quejarse de que le esté arruinando el pasto ni caballero alguno recién establecido en el campo de que haya penetrado en su propiedad; por el cual uno puede marcharse antes del alba y decir adiós al pueblo; que uno puede recorrer como un peregrino, sin rumbo fijo; donde uno tropieza con poca gente; donde mi espíritu se encuentra libre; donde no existen tapias ni cercas; donde la cabeza está en mayor grado en el cielo que los pies en la tierra; donde hay largos trechos que permiten divisar a media milla de distancia al que marcha en dirección contraria y prepararse para el encuentro; tierra no tan exhuberante como para atraer a la gente; en la que hay unas cuantas cercas de raíces y troncos que no es preciso reparar; donde la gente no tiene oportunidad para detener el paso, sino que sigue de largo y lo deja a uno a solas con sus pensamientos; donde lo mismo da esta dirección que aquélla y no importa que uno se vaya o venga, que sea de mañana o de noche, mediodía o medianoche; donde la tierra es barata por ser pública; donde uno puede caminar y pensar sin obstáculo alguno, sin que haya nada susceptible de medir el avance; donde uno puede ir de un lado para otro cuando su pecho está que estalla y ceder a sus antojos; donde uno no está en relaciones falsas con la gente, no come ni conversa con ella; por el cual uno puede ir hasta el confín del mundo. Es un camino suficientemente ancho; amplio como los pensamientos que invitan... Un camino por el cual no desfilan ni silban los gansos, sino que tan sólo lo sobrevuelan, de vez en cuando, en lo alto, sus hermanos silvestres; encima del cual trinan la moscareta y la golondrina, y el gorrión gorjea posado en las cercas; donde la pequeña mariposa roja se mece sin temor en la milenrama y ningún muchacho la acecha para aprisionarla con su sombrero. Allí puedo caminar, vagar y correr a mis anchas... Donde el

---

Sin velas sería estéril la pujanza del viento; sin viento de nada servirían las lonas más amplias. La mediocridad es el complejo velamen de las sociedades, la resistencia que éstas oponen al viento para utilizar su pujanza; la energía que infla las velas y arrastra al buque entero, y lo conduce, y lo orienta son los idealistas. Los rutinarios aprovechan el progreso de los creadores. El progreso humano es el resultado de ese contraste perpetuo entre masas inertes y energías propulsoras.

«El Hombre mediocre», de José Ingenieros

---

poste indicador de caminos está derribado y significativamente señala la dirección del cielo, a un camino de Sudbury y de Marlborough en las alturas. Tal es el camino por el cual yo puedo caminar, y el camino particular de Sudbury al que yo me dirijo, a razón de cuatro millas por hora, o de dos, como ustedes gusten; y que sean pocos los que lo recorran. Allí podré caminar y encontrar a la criatura extraviada que soy, sin que doble campana alguna».

V. Muñoz

BIBLIOGRAFIA

En inglés :

Se da a continuación la traducción literal de los títulos para facilitar la búsqueda.

En vida de Thoreau aparecieron numerosos artículos, ensayos, poemas y poesías en diferentes revistas de Nueva Inglaterra, y los libros:

«Una semana en los ríos Concord y Merrimack». — 1849.

«Walden o la vida en los bosques». — 1854.

A la muerte de Thoreau, su hermana Sofía y su querido amigo Channing extrajeron del «diario» los siguientes libros:

«Los bosques de Maine». — 1862.

«Cabo Cod». — 1864.

Por su parte Emerson seleccionó el libro:

«Cartas a varias personas». — 1865.

Se ignora quién redactó el hermoso libro:

«Un yanqui en Canadá», con ensayos antiesclavistas y reformistas. — 1866.

El día 7 de octubre de 1876 moría en Bangor (Maine) Sofía Thoreau, legando el «diario» al entrañable amigo del filósofo, Harrison G. O. Blake, quien seleccionó los siguientes libros:

«Primavera temprana en Massachusetts». — 1881.

«Verano». — 1884.

«Invierno». — 1887.

«Otoño». — 1892.

Franklin B. Sanborn, vecino de Thoreau, seleccionó:

«Cartas familiares de Henry David Thoreau». — 1894.

«Misceláneas». — 1894.

Sanborn y el admirador inglés Henry S. Salt publicaron:

«Poemas de la naturaleza». — 1895.

Ignoro quién redactó:

«Primeros y últimos viajes». — 1905.

Las obras completas de Thoreau en veinte volúmenes fueron publicadas por los naturalistas Bradford Torrey y F. H. Allen, de las cuales el solo «diario» comprende catorce tomos:

«Diario». — 1906.

F. H. Allen, por su parte, compuso:

«Notas sobre los pájaros de Nueva Inglaterra». — 1910.

«Hombres de Concord». — 1910.

Numerosos han sido luego los libros de Thoreau, extractados por los amantes de su filosofía. Citaremos tan sólo algunos. Bartholow V. Crawford produjo su interesante:

«Henry David Thoreau». — 1936.

Brook Atkinson su:

«Walden y otros escritos». — 1937.

La obra maestra de Thoreau ha sido editada numerosas veces. La mejor edición actualmente es la de Edwin Way Teale:

«Walden o la vida en los bosques». — 1946.

Junto con Carl Bode, Walter Harding ha redactado el libro que contiene toda la correspondencia conocida de Thoreau:

«Henry David Thoreau. Correspondencia». — 1958.

Consúltese sobre Thoreau:

El ensayo de Emerson:

«Thoreau». — 1862.

La biografía de William Ellery Channing:

«Thoreau, el poeta naturalista». — 1873.

La biografía del hijo de Emerson, Eduardo Emerson titulada:

«Henry Thoreau recordado por un joven amigo». — 1917.

La mejor biografía de nuestro tiempo es la escrita por H. S. Canby:

«Thoreau». — 1939.

Consúltese sobre el pueblo de Concord, el libro de T. Scudder:

El pueblo americano de Concord. — 1947.

«El pueblo americano de Concord». — 1947.

Sobre Walden, el volumen publicado por H. B. Kane, que contiene más de ochenta biografías de Walden y contornos:

«Registro fotográfico de Walden». — 1946.

Por último, para conocer en detalle la bibliografía contemporánea sobre Thoreau, consúltese toda la sección bibliográfica de los boletines trimestrales que edita la Sociedad de los Amigos de Thoreau, con sede en Estados Unidos.

En castellano:

Mencionamos también junto a los títulos, el nombre de las casas editoras, para facilitar la búsqueda. Libros de Thoreau aparecidos en Argentina:

«Un filósofo en los bosques». — Imán, 1937.

«Walden». — Emecé, 1945.

«Walden». — Austral, 1949.

El libro de selecciones debido a Teodoro Dreiser:

«El pensamiento vivo de Thoreau». — Losada, 1944.

Informan sobre Thoreau:

Walt Whitman en:

«Días ejemplares de América». — Argonauta, 1944.

Rudolf Rocker en:

«El pensamiento liberal en los Estados Unidos». — Americalee, 1944.

Henry Seidel Canby en:

«Thoreau», Poseidon, 1944.

COMO OPINABA UN MARTIR DE LA IDEA

EL DESNUDO Y EL VESTIDO

He oído decir a un hombre de carrera que se dice avanzado: «Las revistas desnudistas no deberían tolerarse; los grabados las hacen impropias para la gente joven, sobre todo para las muchachas... No digo que cuando se practique — que nunca llegará — el desnudismo, puedan publicarse esas estampas, pero hoy las considero improcedentes...»

Pero ya lo he dicho:

«Para que pueda llegar aquello, se hace esto. Queremos que no tenga esto ninguna importancia. Cuando llegue a no tenerla ¿no le habremos suprimido a usted una preocupación?»

Acaso tiene el concepto de que el desnudismo es retrógrado; que los hombres nuevos, por paradoja, prefieren el primitivismo cavernario a la civilización presente. Esto es un equívoco piramidal. No se trata de preferencias, sino de simultaneísmos. Precisamente lo que no se desea es la civilización, antítesis del primitivismo, sino como continuidad natural del origen. No es una oposición, sino un acorde de todos los principios, con los medios de la civilización, para el fin de la felicidad universal.

Deseamos que los hombres sean para vivir y para crear, no para aparentar y para perecer. Para conocer y no para ocultar. Para la naturalidad y no para el artificio. Para la bondad y la belleza, porque la maldad es fea.

No diremos que el hombre que se desnuda sea bueno. Sí que decimos que es bueno que el hombre se desnude. Sí que es bueno conocernos al desnudo. El ir vestido no ha de impedir conocer naturalmente el desnudo.

En la actualidad, el amante o marido vincular quiere librar el cuerpo bello de la amada de la mirada ofensiva de los otros hombres que les sienta como puñales... Y con la indumentaria esclavizante no le importa hollar la talla divina de su carne.

La mujer que se siente halagada por un vestido continente antiestético de su cuerpo, renuncia a la admiración de la estética natural de su línea.

El vestido ha de ser funda para la belleza viva del cuerpo. Por admirarlo bello y sano hemos de buscar el estuche apropiado. No hemos de ser tan necios de dar interés secundario a la joya que encierra, ni creernos tan sabios de conocer el interior de lo hermético.

Ni el desnudo intemperante, ni el vestido permanente.

La racionalización de la indumentaria, para libertad natural; salud del cuerpo.

Ya supongo que usted, burgués, habrá pensado en el problema económico del desnudismo. La fibra sensible de las modistas y de los sastres la siento llegar a sus labios para argumentar en contra.

Pero usted es accionista de los ferrocarriles y nada le importó que se arruinaran los postillones.

Y el magnífico automóvil que disfruta le ha hecho olvidar seguramente a los viejos aurigas.

¡Qué tristeza y qué color; qué catástrofe irreparable para la economía de los pueblos ver a todos los seres alegres y sanos, **pero las farmacias sin trabajo**!

¿Para qué intentar vivir bien si no podrían vivir los que viven del mal? Es poco más o menos lo que quiere decirme.

El trabajo se precia para vivir. La confección de la indumentaria es un trabajo; pero no es imprescindible vivir de la confección indumentaria, ni mucho menos, que procure el sustento la confección de una mala indumentaria y lo prive el trabajar bien el perfecto vestido.

El trato social sería imposible con antifaz; si lo hacemos hoy a cara descubierta, no es absurdo realizarlo naturalmente mañana a cuerpo desnudo.

La piel respira; la piel nos nutre de radiaciones; la piel elimina productos de desintegración orgánica, productos muertos de la vida celular primaria individualizada...

El vestido cubre la superficie enorme de respiración y nos asfixia; nos aisla de la atmósfera radiante que debería envolvernos y nuestras células han de privarse injustamente de la vida a que tienen derecho. No es de extrañar, pues, que con todo el golpe actual de civilización el primitivismo celular se rebele y viva a costa de todo, y allí, el epitelioma, el cáncer, diga bien claramente el poder de lo pequeño para vencer el dominio injusto; por muy grande, fuerte, poderoso y civilizado que sea.

La verdad original, la naturaleza al desnudo, no han de estar sometidas a la falsedad creada por el hombre nesciente. La ética no puede principiar con el principio ocultista de la belleza humana, que es tanto como dificultar el conocimiento de la encarnación de lo bueno. La ciencia no puede menos de rechazar los principios falsos de vestido. La justicia natural iguala a los hombres en el desnudo; la especie crece y se multiplica en el desnudo. Muere por el vestido; se mata y se ajusticia por el artificio y la mentira del apellido y de la indumentaria.

Sin meternos en la exégesis del vestido, la indumentaria representa en la civilización actual aquellos elementos de producción natural dérmica, dedicados a proteger nuestro organismo de los agentes exteriores que pudieran alterarlo. Parece

que el conocimiento del hombre ha redimido del trabajo de procurarlos fisiológicamente a las células propias. La unidad individual por el progreso universal de la especie, protege al conjunto celular con los medios de producción natural, transformados por la civilización.

Por una civilización superior también, los productos naturales transformados para la protección del cuerpo humano, no deben alterar la vida del tegumento, para que lo que comenzó en defensa nunca pueda llegar a convertirse en sudario.

La primera manera de defenderse, naturalmente, fué la caverna. El hogar lo consideramos anterior a la indumentaria. El vestido viene a continuar la protección de la vivienda en los momentos del desplazamiento fuera de ella. Si el hogar nos defiende y nos cubre, lo lógico será que en él nos desnudemos.

La educación social arbitraria de nuestros días suprime el sombrero de manera definitiva, cuando se convive en los interiores; se construyen prendas de interior y de exterior, de calle y de casa.

Pero hemos dicho que el vestido era para cubrir y defender el cuerpo fuera del hogar, en el que se tiene la máxima protección contra los daños externos. No hay por qué redundar en una protección mínima cuando la mayor se tiene. La convivencia de las habitaciones debe ser en buena educación sanitaria al desnudo, como en buena educación actual se hace destocado.

En las frecuentaciones sociales, en el trato de amistad bajo techumbre ajena, hemos de reconocer que la presentación al desnudo es una demostración delicada de confianza y de seguridad; de que bajo la protección hospitalaria del hogar amigo no se siente ningún recelo por el daño posible y por eso nos descubrimos enteramente.

El vehículo moderno, veloz y confortable para los desplazamientos fuera del hogar, ha simplificado el vestido bastante. Ya se ven las mismas telas en todas las estaciones del año, porque el «confort», obra de la civilización, protege mejor que el vestido complicado de cada solsticio. Si en realidad la temperatura exterior es más baja, lo que pretendemos con el abrigo, es neutralizar este desequilibrio con la normal temperatura orgánica; aislar la atmósfera fría de la superficie tegumentaria conservando el calor preciso para nuestras transformaciones, para nuestra vida, en resumen.

Si nosotros hacemos una atmósfera artificial de temperatura adecuada, la envolvente gaseosa sustituirá más naturalmente al abrigo de pieles en la protección de los daños causados por el frío.

La ciencia del «confort», la máquina perfecta de vivir, eliminará de los hogares el uso del vestido inútil, y por tanto perjudicial. El «confort» no se pasa de moda, ni exige una medida para cada uno, ni crea diferencias odiosas por la emulación y la suntuosidad, origen de tantos dolores y lacras sociales. La obra de misericordia, vestir al desnudo, los hombres de las nuevas generaciones lo sustituirán por el derecho al «confort», por la justicia de la defensa de la vida, por los medios de la civilización.

El objeto de la civilización es procurar la mejor vida de los hombres.

La nación civilizada es la que tiene menos ciudadanos que sufren.

Esos hombres, que sufren en su vida mala, son desposeídos de la civilización. Los hombres dichosos son generalmente los más vestidos y los que no quieren desnudarse. Los desgraciados carentes de «confort» y de vestido, ni pueden desnudarse, ni les dejan vestirse. Son las víctimas de la social-burguesía que les priva de la civilización. Son los esclavos del vestido. Son los **desnudos públicos,** de los que nadie se escandaliza ni se conduele.

Dr. AUGUSTO M. ALCRUDO

Vida de CENIT

Continuamos dando a la publicidad la relación de aportaciones solidarias hacia nuestra revista. Otras listas seguirán hasta la totalidad de donantes — colectividades, Locales e individualidades — participantes en esta cruzada de defensa y solidaridad con nuestra revista. Los comentarios se ofrecen por sí mismos y huelga que nosotros los hagamos.

En los últimos días del mes de abril nos será dable conocer hasta qué punto es considerada la colaboración a nuestra revista y los juicios de los colaboradores acerca de hombres y problemas que en la misma se enjuician. Y del resultado de la apreciación que la justicia formule no dejaremos de tener al corriente a nuestros lectores, amigos y compañeros.

Lista de donantes correspondiente al número 12 (en NF)

Iguacel, de Sarlat	5 —
Calero, de Evreux	53 —
Magdalena, Castellsarrasin	6 —
Castillo, St Jean de R.	2 —
F. L. de Ferminy	
Hernando	5 —
Aguilar	2 —
Jacinto	3 —
Alonso	5 —
Fernández	5 —
Temblador, Izeaux (Isère)	2 —
G. Azcona, Nemours	5 —
F. L. de Nantes (L. A.)	60 —
F. L. de la Grand'Combe (Gard)	250 —
García Sarlat (Dordogne)	7 —
Liberto Virgili, Fresnes	4 —
J. Rigal, St. Symphorien	2 —
Villagrasa José, Eysines	10 —
Olza, St. Paul (Drôme)	10 —
Pasamar, de id.	5 —
J. Monzón, Le Condry	7 —
Montilla, Domont	1 70
F. L. de Castelnaudary	15 —
F. L. de Béziers	45 —
Bañón, de Verfeil	5 —
Moreno, Maureilhan	5 —
F. L. de Pau (B. P.)	51 70
F. Valero, St. Jean de Valeriscle	2 —
Serrano, Laon	8 —
D. Esteban	1 20
F. L. de St. Eloi les Mines	52 —
F. Palomar, Orléans	3 —
TOTAL	637 60

TRES CARTAS A UNA MUJER

París, abril de 19...

DILECTA AMIGA OLGA:

En estas tardes de primavera, doradas de sol, es agradable el paseo, orillando el Sena, por los alrededores de l'Ile de la Cité. Los árboles lucen la hoja nueva, de un verde lustroso; entre las ramas, se agitan vivaces los pajarillos. Destaca, imponente Notre Dame. En el pretil que bordea al río, atrae la nota abigarrada de las «boîtes», en que exponen volúmenes, litografías, monedas, sellos, y mil chucherías, los libreros de los «quais».

Los libros, he ahí lo que cautiva nuestra curiosidad. Lo que alcanza a dominar toda nuestra atención, logrando alejarnos, siquiera sea por unos momentos, del «mundanal ruido». Tú, que eres también ferviente amiga de los libros, conoces ese placer espiritual que se experimenta yendo de acá para allá mirando unos volúmenes, examinando otros, acariciando, con tacto suave, el tomo que estimamos selecto, más que por la presentación, por su contenido.

Tú lo has dicho en más de una ocasión: «Yo no podría acostarme sin antes haber leído unas páginas. En efecto, para tí, como para cuantos amamos los libros, creemos que ha sido jornada perdida la que hemos dejado pasar sin haber leído algo. ¡Cuánto se ha dicho y cuánto no se podría decir en torno a los libros! Ya conoces aquella repetida frase de Bernardin de Saint Pierre: «Un buen libro es un buen amigo». En efecto, es así, con la particularidad que podemos dejarlo cuando nos place, cosa que no ocurre así con ciertos amigos, a quienes, por condescendencia, tenemos que aguantar su compañía, que alguna vez nos resulta bien poco agradable.

Sé que guardas en la memoria buen número de esas lacónicas opiniones que, en torno a los libros, han expresado eminentes pensadores. Tú sabes también que para aquél que es indiferente a la lectura; para el que todos los libros son iguales, en razón de que no los mira, nosotros, los que comprendemos lo que ellos representan, nosotros, que hemos pasado y pasamos horas enteras enfrascados en la lectura, para los que de los libros se desentienden, somos unos seres bien raros, algo así como maniáticos. Perdonémosles, amiga, no saben lo que es un libro.

Tú, que has leído bastante, sabes que, leyendo, evidentemente, autores selectos, se percibe una convergencia en lo que podríamos llamar «temas vitales». Autores de distinta época, y de países diferentes, coinciden en los mismos aspectos fundamentales de lo que en sí es la naturaleza humana, de lo que representa para la sensibilidad la belleza de las cosas, etc. De ahí que quizás estén en lo cierto personas que han envejecido, y que han leído muchísimo en el curso de su larga vida, al decirnos, con respecto a la lectura, que se llega a un extremo que podríamos llamar de «saturación». Se llega al extremo de que ya nada nuevo se encuentra en los libros. Me refería en cierta ocasión un anciano, buen conocedor de los libros, que los «temas vitales le eran tan conocidos y que habiendo asimilado el sentir de tantos autores, de ayer y de hoy, no alcanzaba a captar nada que en verdad pudiera considerar como original. Es posible que sea así, pero, hasta tanto llegue la edad provecta, susceptible de poder comprobar con la propia experiencia lo que el anciano me decía, creo nos falta un buen trecho. Además, ¿no te parece que con los libros puede ocurrir algo análogo al sentir de quienes aman la música y el teatro? Podrán conocer una obra por haberla oído o presenciado innumerables veces, mas siempre les resulta grato admirar y diferenciar las interpretaciones de unos y otros. De ahí que para nosotros, fervientes enamorados de los libros, es también posible pueda complacernos el observar la forma de abordar un mismo tema diferentes autores. Además existe el placer de releer. Una página, saturada de bellos conceptos, o de bien vertebradas apreciaciones de carácter filosófico, es de un efecto agradable releerla de vez en cuando. Manifestaba un escritor que, al ser flojo de memoria, releer le daba la sensación de que leía por primera vez el libro que ya tenía leído.

Una biblioteca selecta y variada, tú sabes, amiga, que puede muy bien responder a cada uno de los diferentes estados de ánimo dominando nuestro ser en momentos determinados. No siempre se halla uno predispuesto para la lectura de tal o cual libro; no en todos los momentos se tiene el deseo de entrar en contacto espiritual con la forma de pensar y decir de aquél o del otro autor. Ahora bien, entre los libros, siempre es posible encontrar alguno susceptible de acoplarse al estado mental predominante. Y aun en el caso de tener que renunciar por cierto tiempo, por unos u otros motivos, a la lectura, después, al volver a los libros, la sensibilidad capta con intensa delectación como satisfacción de un placer recuperado, lo que nos van diciendo las páginas del volumen escogido.

En torno a algo de lo que acabo de exponerte en las líneas que preceden iba pensando al deambular, en deliciosa tarde abrileña, a lo largo de los muelles del Sena, curioseando, como tantos otros que, como tú, y como yo, deben sentir afecto por los libros, las «boîtes» de los libreros.

Con toda cordialidad, te saluda tu amigo,

⁂

Aviñón, junio de 19...

Apreciable amiga Olga:

Me hallo en esta ciudad desde hace unos días. Ya sabes que tiene un carácter medioeval, por sus murallas, por el imponente Palacio de los Papas, por sus iglesias, y por esas vetustas mansiones que hallamos acá y acullá, recorriendo las arterias principales de la villa o su dédalo de callejuelas.

Tenía una idea de Aviñón, antes de visitarla, por recordar algunas lecturas de carácter literario. Mistral situó en Aviñón el argumento de su poema, «Nerto». De Daudet creo haber leído igualmente páginas que hacen referencia a la misma ciudad. Y, sobre todo, no podemos olvidar que era de Aviñón el esquisito poeta provenzal Aubanel, como también lo era la dama que él amó, y que inmortalizó en su obra «La granada entreabierta».

La leyenda tiende siempre a amplificar las cosas. Tal ha ocurrido con los amores del poeta Aubanel, como los del Petrarca con su Laura. Hoy el ritmo de la existencia, nuestra formación

psicológica es de tal suerte que esa pureza mística en el amor nos hace el efecto de un vago ensueño.

Bien sabes que el amor es uno de esos temas perdurables, en torno a los cuales se han dicho muchas cosas y al respecto de los que siempre se puede hablar. Y es que el amor resulta algo tan subjetivo, tan distante de una apreciación psicológica de tono unilateral, que no ha de extrañarnos el que cada uno parezca sentirlo y expresarlo a su manera.

El amor con propensión acentuada al contacto sexual, es raro que alcance también un sesgo de la pureza espiritual análogo al que parece ser debió de existir entre Aubanel y su amada. Con seguridad, al poeta le ocurriría algo semejante a la pasión amatoria que ponía Don Quijote en Dulcinea: poner estimación en una mujer idealizada hasta lo inverosímil; un ser desconocido o a penas lograda una efectiva relación. Es posible que de haber llegado un contacto asiduo, la decepción, más o menos acentuada, se hubiera presentado para ambos, o para uno de los dos en particular. Recuerda aquella «rima», de Bécquer: «¡Ba! Mientras callando — guarde oscuro el enigma...» La sensualidad, el temperamento, difieren, y si no existe un amplio y sereno espíritu de mutua tolerancia, la conveniencia se hace difícil, ya que en uno, o bien en el otro, cuando no en ambos, la decepción se atornilla poco a poco, como un cáncer.

No obstante, el aceptar, el vivir la relación sexual libre de coyundas, natural, no pocas veces el dolor moral es inevitable: El y ella se relacionan; llega un día en que la intensidad del afecto experimenta un cambio que se va haciendo más y más ostensible. La separación puede ser un tácito acuerdo, mas ello no quita que en uno de los dos, él o ella, persista, en mayor o menor grado algo del efecto que un día nació. En los seres de temperamento apasionado y de escaso control mental, el exacerbado egoismo engendra la violencia al producirse los efectos de la manifiesta separación. Los susceptibles de razonar, o sufren en silencio, o buscan el olvido en pos de un nuevo afecto.

En lo que atañe a la relación sexual, incluso por buena parte de quienes presumen de estar emancipados de conceptos gregarios, se vive atado por el yugo de los prejuicios. De no ser así; de obrar con libre discernimiento, tanto por parte del hombre como de la mujer, habría que aceptar, como propiciaba Han Ryner, la concepción del amor pluralista.

Yo no estoi en el caso de situarme psicológicamente en el lugar de la mujer. Tú, que eres inteligente y posees fina sensibilidad, has de saber a qué atenerte. En lo que al hombre, en tanto que individuo consciente se refiere, puede decirse que se ama a un tipo de mujer porque en ella se nota inteligencia, descollando por encima de lo común. En otra se percibe el destacar lo sensual; se ve en ella a la hembra que incita al deseo. Está la que posee una sensibilidad exquisita que nos hace sentir las cosas con acentuada acuidad; que afina nuestra percepción. Hay la que es de un natural sencillo, sin complicaciones psicológicas, toda bondad. Y así otras características que diferencian de un modo bien notorio a una mujer de otra.

La variedad de condiciones es muy raro, por no decir imposible, que se encuentren reunidas en un mismo ser. De ahí que, en amor, exista esa concepción pluralista que, se confiese o no; se afirme o se busque eludir, es una realidad. Ello explica que haya hombres o mujeres que, en virtud de esa diferenciación apreciativa, tengan relación íntima, o busquen tenerla, con otra u otras personas, además de aquélla con la que conviven en la vida cotidiana. Y alcanza más visos de necesidad cuando en el hogar hay una enrarecida atmósfera de incomprensión. No es ello lo malo; lo nefasto estriba en no estimar aconsejable confesarlo con miras a evitar disgustos, escenas sensibles, por no dejar de ir tirando con la rutina de cada día, que crea víctimas de la incomprensión y de los ancestrales prejuicios.

Posiblemente tú, que no tienes del amor apreciaciones rutinarias, hayas notado, tanto o más que yo, cuanto en estas líneas esbozo. Podrás diferir más o menos en apreciaciones, pero estoy seguro de que lamentas, como cuantos estimamos la libertad en todos los aspectos de la vida, el tremendo peso de prejuicios que existen al respecto del amor.

Te saluda afectuosamente,

***

Marsella, octubre de 19...

Estimada Olga:

He pasado la tarde vagando por el puerto. Estos domingos de otoño en que la vida del trabajo ha acallado su ritmo normal; en que todo tiene un aire silente, hacen que se adentre en el ánimo una vaga melancolía, una tenue tristeza que no se sabe definir; que viene y se va sin saber por qué.

PRECISIONES

HASTA las palabras más bellas necesitan clarificarse, a fuerza de deformaciones y deficiencias de interpretación. Quizás la sabiduría consista precisamente en eso: en ir definiendo paso a paso una realidad caótica y oscura, en ir dando perfil nítido a esa vaga masa de ideas y cosas — amorfas casi siempre — que componen nuestro mundo.

Y tal ocurre con el heroísmo. Tanto se ha abusado del término, tantos gestos y actitudes ha querido designar, que mal puede hoy valorarse su justo alcance. ¿Qué es un héroe, qué significa heroicidad, dónde empieza y termina el heroísmo? He aquí una tarea que se impone: la de precisar el sentido de un vocablo, difuso ya por obra de repeticiones sin fin.

El héroe es — y empezamos por lo que, en rigor, debería ser conclusión — todo aquél que logra elevar una cualidad de hombría a un grado excepcional. Es decir, aquél que alcanza lo extraordinario por el afianzamiento y el desarrollo de un atributo simplemente humano: partiendo de una base común a la colectividad y construyendo con ella una cima sobrehumana (sobre el hombre, por encima del hombre, pero no ajena a él).

Y heroicos son entonces el amor, la bondad, el sacrificio, la cultura, la fraternidad; y héroes los sabios, los rebeldes, los justos, los amantes, los artistas; y heroísmo toda obra por la que el

Descansan, anclados en la dársena, numerosos buques mercantes, entre algunos destinados a pasajeros. El agua es de un color turbio, azul verdoso. Todo un bosque de mástiles destaca en una y otra dirección. El puerto de Marsella creo que tiene ocho o diez kilómetros de extensión, los muelles lo dividen en diversas zonas. Se ven grandes trasatlánticos, lujosos, imponentes, como ciudades flotantes. Están los barcos mercantes, proletarios del mar; desgarbados, achacosos, sucios por el infatigable trasiego de mercancías. Destaca acá o acullá alguno de esos lindos barquitos veleros, que son como golondrinas del mar. Surcan el azul de las aguas con graciosa celeridad. Hay rincones, como en todos los puertos importantes, donde diríase, yacen amodorradas, embarcaciones que dieron ya de sí cuanto podían. Costrosas, derrengadas, como esos seres acogotados por el peso de los años, ellas también, pacientemente, toman el sol.

Los barcos parecen despoblados. Seguramente que la marinería, en su mayoría, andarán por los barrios bajos de la ciudad. No obstante, se ve algún marinero que distrae el tedio leyendo sentado en la cubierta con un libro entre las manos. No falta algún solitario que desgrana las conceptos que le son conocidos. notas sentimentales de un acordeón.

Andando de acá para allá, me ha llamado la atención observar que junto a la entrada de un panzudo buque mercante de nacionalidad sueca, había un marinero, rubio y musculoso, como suelen serlo los hombres del norte. Sentado en un taburete; leía un periódico. Ello no hubiera tenido nada de particular al no tratarse de la naturaleza del periódico en cuestión. Leía **Brand,** periódico anarquista que, desde hace años, vienen publicando los ácratas de Suecia.

Para quien es nada más que un mediano observador, la expresión del rostro de alguien que lee revela buena parte de su modo de ser. Cosa que no puede causarte extrañeza si tienes en cuenta que el escritor italiano Edmundo de Amicis intuía los rasgos psicológicos de las gentes sólo con mirar su modo de andar.

No leía el marinero con esa atención intensa, sostenida, como si absorbiera las palabras, del novato que va descubriendo conceptos, nuevos para él. Tampoco leía con la desgana del individuo que se aburre. Se notaba en él la serena expresión inteligente del que, más que por aprender, lee para percatarse del estilo, de la forma expositiva de

¿Adivinas, amiga, la sensación que se experimenta al notar que un desconocido, que alguien que viene de lejanas tierras, es afín en ideas? ¡Cuánto me hubiera complacido el conversar con él, cambiar impresiones referentes a nuestros respectivos puntos de mira!

Existen por ahí, como decía Littré de Pompeyo Gener, «amigos desconocidos». Ya sabes que soy imaginativo de natural. Por la expresión que tenía leyendo, he deducido que ese marinero, que considero ya jamás volveré a ver, era un «amigo desconocido». Seguramente, anarquista también, llevará en lo recóndito de su ser «un mundo interior». A él acoplará su vida, ajeno a las influencias ambientales que absorben a la mayoría de las gentes.

El anarquismo, evidentemente, de naturaleza subjetiva, se siente; se le tiene como diluído en toda la sensibilidad, que vibra con intensidad ante lo que denota evidente injusticia; que ama el bien, ampliamente concebido, por lo que en él existe de bueno, de conveniente para todos los humanos. Que pueda o no llegar a tener efectividad lo que es forma y contenido de la ideología anarquista, quien la siente es porque halla una íntima satisfacción en ello. La convicción templa la voluntad. Y con voluntad firme, inquebrantable, se hace frente a cuantas vicisitudes se pueden presentar por el hecho de amar el ideal.

Malatesta concedía singular importancia al «factor voluntad». De ella, sin, evidentemente, nexo de relación con la metafísica religiosa, hacía derivar la «fede», la fe. Ella conduce al placer de actuar, de luchar, gracias a la satisfacción producida por la lucha en sí. He ahí lo que estimo es fundamental para ser anarquista. Y serlo equivale a perseverar; aunque el individuo tenga la sensación de ser islote en un océano de gregarismo, de incomprensión, de hostilidad inclusive.

Es así, querida amiga, como concibo el anarquismo, como considero lo han sentido cuantos en difundirlo han puesto, o ponen, los medios posibles. Es así como estimo se vive y se muere en anarquista.

Y doy fin a la presente, expresándote en ella mi afecto sincero.

FONTAURA

SOBRE EL HEROE

hombre se justifica ante sí mismo, elevando y significando su vida. Todo ello excepcional, todo ello por encima de la rutina cotidiana.

Vemos así al heroísmo cobrar amplitud. No es ya la admirada valentía de un gesto que se enfrenta con la muerte — cara o cruz, todo o nada, silencio o aplauso —, sino el diario, el lento y laborioso esfuerzo que no se juega la suerte en un instante solemne y teatral, pero sí a cada instante de una tarea larga y difícil. No ya desafío a la muerte — con la esperanza del laurel inmediato — sino desafío a toda una vida.

No basta morir para ser héroe. Y diríamos casi que no cuenta para el heroísmo, esa valentía de guerrero medioeval, hecha de orgullo y jactancia, que sonríe el último instante. Poca cosa es vencer el miedo a la muerte, si no se ha tenido antes la hombría — heroica ésta, sin aplausos — de haber vencido una existencia mediocre. El heroísmo no se juega en una sola carta; y quien no ha vivido heroicamente, no tendrá laureles a la hora de morir.

Tal es la única valentía, la única hazaña que admiramos: labor de una vida entera, consagrada a forjar un destino alto. Y ése ha de ser el héroe, el nuestro; aunque muera en silencio, apaciblemente, sin buscar la posteridad a cara o cruz en su último suspiro.

«Ruta», del 3-1-1952

PIEDRA SOBRE PIEDRA

La opinión de un escritor español

CON ocasión de la detención en España del joven escritor español Luis Goytisolo, su hermano Juan ha publicado un escrito en «L'Express» del 24 de marzo, cuyo texto, traducido al castellano por M.C. es el siguiente:

«Como réplica a la protesta de gran número de intelectuales de Europa contra la detención de mi hermano Luis Goytisolo, el diario madrileño «Pueblo» ha aprovechado la ocasión para manifestar su descontento por la amable consideración que el público y los críticos franceses reservan a la joven literatura española. Según el editorialista en Francia, «si la literatura española suscita interés, no es por razón de su calidad, que casi nunca suscitó... El interés para con lo que viene de España no es a causa de la obra como tal obra, sino al escritor como tema. Al escritor, del que complacientemente se le imagina luchando heroicamente para aportar al mundo un testimonio de sufrimientos...» Después de haberme atribuido la halagadora «responsabilidad » del interés que los críticos y editores franceses se toman por el joven romance español — aunque mi nombre, según el citado periódico, sea menos conocido en los medios literarios que en los comisariados de policía — «Pueblo» denuncia la vasta broma urdida alrededor de la nueva ola española, obedeciendo a consignas y fines políticos» y se queja de que sean traducidos únicamente los escritores que pagan «tributo de adhesión al aparato de la Internacional marxista de las letras».

Pues bien, la casa editora que ha lanzado al joven romance español es la R. F.; los «peligrosos» autores publicados — entre los que se encuentran cuatro Premios Nadal, tres Premios de la Academia, tres Premios Nacional de Literatura, etc., viven en España; sus obras se venden libremente en las librerías de Madrid: las acusaciones del editorialista de «Pueblo», precisando lo que antecede, no merecería más comentario. Pero en la medida en que reflejan la opinión de ciertos medios literarios españoles opuestos a la actual orientación de la literatura en nuestro país, conviene que lo examinemos más ampliamente.

¿Qué reprocha «Pueblo» a los autores — jóvenes o no — últimamente traducidos en Francia? La respuesta es sencilla: el tema de sus obras, el contenido de sus poemas — publicados, recordémoslo, en España — alimentan la campaña de la prensa extranjera contra el régimen español.

Si fuese verdad — lo que queda por probar — la responsabilidad no incumbiría a los romanceros ni a los poetas, tampoco a las casas editoras francesas que las publican. Las obras en cuestión no tienen carácter político. Sencillamente se limitan a describir la realidad. Que esta realidad no sea del gusto del editorialista es otra cuestión. Nosotros, escritores, le responderemos que no somos nosotros quienes la hemos creado. «Somos satíricos — escribía nuestro gran Larra hace más de un siglo — porque queremos criticar los abusos, porque quisiéramos contribuir en la medida de nuestras débiles (1) fuerzas al perfeccionamiento de la sociedad de la que tenemos el honor de formar parte».

Que el editorialista de «Pueblo» lo quiera o no la literatura española actual es profundamente realista. Y este realismo no demuestra solamente la fidelidad de su espíritu a las obras de nuestros clásicos — desde el arcipreste de Hita y Fernando de Rojas hasta Cervantes y Quevedo, pasando por el romance picaresco, la más alta expresión del genio realista español — responde también a una exigencia íntima de la que es necesario sacar las consecuencias.

En el transcurso del Coloquio Internacional del Romance que tuvo lugar el año último en Formentor, los escritores españoles presentes unánimemente defendieron el arte realista contra el formalismo de tal o cual romancero extranjero invitado. El resumen de dicho Coloquio puso bruscamente al día un hecho aparentemente paradoxal: los representantes del país considerado como el más «reaccionario» eran los partidarios más encarnizados del arte realista. De hecho, no hay en ello paradoja alguna, y un vistazo rápido sobre las condiciones de vida y de trabajo del escritor en España basta como explicación. En una sociedad en donde las relaciones humanas son artificiales, el realismo es una necesidad. Desde la hora en que se acuesta hasta el momento en que se levanta el escritor español cree vivir soñando. Todo lo que le rodea contribuye a apartarlo del tiempo en el que vive y acaba por tener la sensación de ser el habitante de otro planeta, caído en éste por error. Este apartamiento provoca un vacío que hay que colmar, que cada uno colma a su manera. *Para nosotros, escritores españoles, la realidad es nuestra evasión.*

En estas condiciones, fácil es prever que, en los años venideros, vamos a asistir en España a un desarrollo más amplio todavía de la literatura realista. Juicios como los expresados por el editorialista de «Pueblo» contribuyen cada día a darle más fuerza. En las sociedades en las que las relaciones humanas son menos artificiales que en la nuestra, la evasión se manifiesta como una reacción contra el medio ambiente. Nosotros no corremos el riesgo de llegar ahí. En España, tomar la pluma para escribir lo que se ve es todavía soñar despierto.

JUAN GOYTISOLO

---

(1) Para que no sean tan débiles, entre todos hemos de formar el *Haz de voluntades* que acabe con las fuerzas retrógradas. — N.D.L.R.

Variaciones sobre la sensibilidad

I. — SENSIBILIDAD PRIMARIA

HARTO difícil resulta para la ciencia moderna, definir y catalogar los fenómenos de la sensibilidad humana. Esquemáticas teorías, plagadas de lagunas, repletas de acuciantes interrogantes que chocan contra el muro de nuestra ignorancia y repiten el eco sincero del sabio asombrado por el misterio circundante: «¡Qué sé yo!»

Este mismo sabio, apurado, nos dirá: Parece evidente que el hombre comunica con el exterior mediante sus nervios. Esta red inmensa se desparrama por todo el cuerpo, moviliza músculos, glándulas, órganos. Central receptiva y de emisión en el cerebro y cerebelo con cables de alta tensión que pasan por la médula. Los filamentos neurónicos, compuestos de células infinitesimales recorren todo el espacio interno del cuerpo, sus vibraciones llegan inclusive a la superficie epidérmica. Por ellos captamos las sensaciones exteriores y emitimos reacciones interiores. Gracias a ellos somos capaces de captar sensaciones físico-químicas, las que, previa síntesis en el misterioso laboratorio intelectual-psicológico, nos permitirán registrar mensajes de elevado orden, como éticos y estéticos, artísticos y filosóficos.

¿Qué se puede deducir de este esbozo científico?

En primer término, que a todo hombre medianamente equilibrado debe responder un sistema nervioso en equilibrio. Que la facultad sensible es inherente al ser humano, pero que esta facultad tiene múltiples formas de expresarse y reviste mil matices de registro. Y ello pese a los unitarios que suelen complacerse en presentarnos groseras divisiones; por un lado los ardientes, por otro los fríos, unos pasionales, otros insensibles.

El hombre, aun cuando se manifiesta con sus bajos instintos de animal primario — inerte como el peñasco o vegetativo como la yedra, con la dureza del alcornoque o la tosquedad del pedernal — es siempre sensible. Esto es, capaz de estremecerse y echar chispas.

Producto amalgamado por herencias directas e indirectas — el ambiente, el clima, la educación, etc., — es siempre un ser de extrema sensibilidad más o menos grosera, virtualmente más o menos aguda o fina.

¿Dónde situaríamos los polos más sensibles?

Si nos dejáramos guiar por la ciencia primitiva de los marxistas, sin pestaeo, abogaríamos por el aparato digestivo. Y es cierto que el hombre, acosado por el hambre canina, ha soñado con banquetes pantagruélicos; festejado el bote de calducho infecto, cual si se tratara de suculentas salchichas. Sensibilidad nacida de una necesida dineludible. En este orden de cosas hemos observado sensibilidades agudísimas. Al zape que oye afilar el cuchillo en la cocina, lo hemos visto ponerse frenético, escurrírsele la baba intuyendo el cárneo banquete con sólo el siniestro ruido. Y a toda una compañía de zapadores, perder los calzones haciendo proezas atléticas con sólo oír la trompeta tocar a rancho.

Pavlov dió el nombre de reflejos a estas reacciones agudas de la sensibilidad, podríamos decir que son de las más bajas y simples puesto que la conciencia no entra en juego. Menos aún los sentimientos, son de orden puramente instintivos y materialistas.

Pongamos por caso que otro polo muy sensible sea el sexo. Con ello no pretendemos alinearnos a las teorías freudianas que todo lo reducen al líbido. Pero cabe no olvidar algunas escenas vividas muy gráficas.

Régimen concentracionario. Malévola separación, no de razas, de sexos. Abstinencias forzadas pobladas de sueños eróticos. Masturbaciones bajo la manta. Amaneceres con rocío de esperma. Perversiones que, siendo descriptibles, por pudor preferimos callarnos. No se precisaban relatos osados como los de Margueritte, pongamos por caso, ni la presencia de majas más o menos vestidas o desnudas, para enardecer las imaginaciones, poner en vilo los deseos sexuales y envilecerse en relaciones homosexuales. Un palo vestido con sayas habría sacado de quicio a varios reclusos.

De las conversaciones también emanaban vahos de prostíbulo entre los más refinados, insinuaciones epitalámicas. Como debe suceder en los centros monásticos, en donde los tonsurados evocan la belleza del Cantar de los Cantares; exutorios de elocuencia por el cual trasudan las obsesiones de la carne.

Cuadro dantesco aquél. La pesebrera andaba floja, y la anemia calaba hasta los huesos.

Allí conocimos a un joven vigoroso, recién casado en España, militante antifascista responsable de no sé qué y no sé cuánto, y a cuya cabeza había puesto buen precio el verdugo triunfante.

Por aquellos arenales andaba con los pies a rastras, y muy ensimismado. Había dejado tras los Pirineos a su Dulcinea desconsolada. La foto de su media costilla era objeto de varias contemplaciones diarias. Ni que se hubiese tratado de un chef d'œuvre» del Louvre o del Prado.

Muchos temían por su razón. Y en esto que llega una misiva de la adorada. Adjunto iban avales firmados y sellados. El juez, el sargento de la guardia civil y el párroco, se responsabilizaban de su seguridad. De nada valieron los avispados consejos de otros camaradas que olían la estratagema, la emboscada y el reclamo. Pocos días después se embarcaba en la galera creyéndose en góndola veneciana. Que también por Capri se va al cadalso.

¡Trifulcas furiosas por unas faldas o unas pepitas áureas! he ahí los símbolos más característicos de unas sensibilidades y mentalidades primarias.

II. — LOS SENTIMIENTOS

¿Habrá que convenir, empero, en que el punto neurálgico de la sensibilidad es el corazón?

¿Es este órgano el centro emotivo por excelencia, en cuyo recinto andan las sensaciones más densas y en cuyos repliegues se opera la eclosión de lossentimientos más extensos?

Podríamos optar por la afirmativa y así ponernos en regla con la opinión generalmente aceptada, aunque para ello tuviéramos que enfrentar-

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

nos con la ciencia, cuya reserva o poca vulgarización permite tales creencias.

De hecho, la fisiología raramente analiza las funciones y características diversas de esta víscera motriz, si no es para definirla como el motor propulsor de la sangre a través de arterias, venas y vasos. Por estas canalizaciones el líquido sanguíneo se desparrama por el cuerpo. Permite la irrigación de los tejidos orgánicos, así como la reparación de muchas de sus averías, pero la finalidad de mayor trascendencia es la de nutrir el enorme sistema celular y procurar la evacuación de sus residuos tóxicos.

Ahora bien: son fenómenos observados por todos, las aceleraciones del ritmo cardíaco originadas por una fuerte emoción. Y viceversa, otras emociones pueden llegar a detener los latidos inclusive. De ahí que ciertos actos ridículos o delictivos con respecto a nuestra conciencia lengan la virtud de sonrojarnos ante otros testigos, y que el miedo justificado ponga lívidos hasta a los héroes legendarios.

La alteración del flujo y reflujo cardíaco puede tener orígenes físicos exclusivos, pero no cabe duda que este ritmo puede ser modificado por complejos psicológicos. Son estas observaciones incontrovertibles las que han dado visos de realidad a la teoría que hace del corazón el punto neurálgico de toda la sensibilidad. Pero lo que no se tiene en cuenta al propalar tal creencia es la intervención del sistema nervioso como único regulador del movimiento cardíaco.

En efecto, es un hecho científico comprobado que las pulsaciones del corazón se deben a la doble inervación que cada órgano necesita para funcionar. Estos nervios proceden todos del sistema nervioso autónomo y automático. De ahí que nos sea imposible, por voluntad propia, acelerar los latidos del corazón. Este sistema autónomo se subdivide en simpático y parasimpático. Los nervios procedentes del primero son los de flujo, es decir, que aceleran. Los del segundo son de reflujo o contracción, mejor dicho, los que relentizan. Este sistema regulador de los órganos viscerales es el que produce los actos reflejos, sin conciencia. Estos fenómenos se reproducen respecto a la pupila, el estómago, los intestinos, etc., y determinan, en parte, el temperamento de los individuos.

Ahora bien lo que no se debe olvidar es que este sistema autónomo se halla sometido al sistema voluntario, cuya sede radica en el cerebro. De ahí que cualquier lesión en este sistema provoque un estado patológico grave de la afectividad general. Con ello queda bien probado que es el cerebro el nido de nuestros sentimientos profundos. De aquellos que tienen por base conceptos éticos o filosóficos, estéticos o artísticos.

Adquiridas estas nociones científicas, fácil nos será atalayar con hechos, la tesis que definiremos así: Sin negar que la viveza intelectual o la sensibilidad aguda de un individuo son cuestiones de semilla en su origen, es decir, trasunto hereditario, luego innato; no podemos pasar por alto otros factores importantísimos. Todo puede ser hipotecado de mediar un medio ambiental adverso, o ser frustrado por un clima inclemente. Pero más que todo, no pueden lograrse óptimos frutos sin terciar un esmerado cultivo, es decir, científico e íntegro. Tanto es así que para difundir y captar los mensajes de mayor voltaje y trascendencia no basta tener al alcance de sí mismo una sensibilidad superaguda; hay que poseer además una conciencia perforante, con irradiaciones múltiples, o lo que es igual, poseer una cultura amplia, profunda, universalista.

Figuráos un individuo sin cultura pero de una potencialidad sensible en bruto muy aguda, frente a «La Cena» de Da Vinci. Sentirá emoción ante este conjunto de hombres que pintados viven, y aún es posible que su emoción sea superior a la del académico senil y a la del crítico roído por la envidia. ¿Pero cómo captará, sin conocimientos psicológicos profundos, las expresiones tan verídicas de aquellos rostros humanos más que apostólicos? Y los detalles anatómicos de aquellas manos ¿cómo analizarlos sin tener siquiera los rudimentarios conocimientos científicos?

Ignorará los detalles y fórmulas históricos del autor, o sea las características de su técnica. Poco sabrá del simbolismo histórico allí pintado y representado. No tendrá erudición para comparar, enjuiciar o criticar. La belleza multiforme de la obra no podrá jamás saborearla pese a sus condiciones propicias. Se marchará lleno de grata admiración pero en fin de cuentas gratuita.

En tanto que poseedor de todos estos atributos juntos habría experimentado goce más denso; y enriquecido de mil conocimientos, la gratitud por Da Vinci más ferviente y sentida hubiera sido.

PLACIDO BRAVO

MICROCULTURA

263. — *El «cascol» es una resina de un árbol de las Guayanas, usada para fabricar lacre negro.*

264. — *La «dactilogía» es el arte de hablar con los dedos o con el abecedario manual.*

265. — *El «hidrógeno» fué descubierto por Henry Cavendish, físico y químico inglés, en 1766.*

266. — *Se entiende por «ecuanimidad» la imparcialidad serena del juicio.*

267. — *Benvenuto Cellini, el mago de la orfebrería, nació el 1º de noviembre de 1500.*

268. — *La sesera es la parte de la cabeza del animal en donde están los sesos.*

269. — *La «casia» es un arbusto leguminoso de la India.*

270. — *El 31 de diciembre de 1520 llegó el imperialista Hernán Cortés a Texcuco.*

271. — *La «efebología» es el estudio y doctrina de la pubertad, en ambos sexos.*

272. — *Todos los verbos ingleses, en infinitivo, van precedidos por la palabra «to».*

273. — *La «daguilla» es un árbol silvestre de Cuba.*

274. — *Sin necesidad de refrigerar totalmente al enfermo, se interviene ahora quirúrgicamente en el corazón.*

275. — *«El sol está salpicado de pequeñas y estables manchas solares», acaba de informar J. Bahng, del observatorio de la universidad de Princeton.*

276. — *La personalidad que luchó más en pro de la liberación de los negros en EE. UU., fué el original John Brown, ahorcado por el gobierno federal, después del fracaso de la intentona de Harper's Ferry.*

277. — *El primero de junio de 1898 tuvo lugar la sangrienta batalla de Caney, en la cruel guerra hispanocubana.*

278. — *El artículo determinado inglés «the» sirve para los dos géneros y para los dos números gramaticales.*

279. — *Martín de Sesé y Lacasta, naturalista español, fundó en 1788 el Jardín Botánico de México.*

280. — *Una «seudoalucinación» es una alucinación debida al ejercicio de la imaginación y de la memoria.*

281. — *La «acetonemia» es la presencia de acetona en la sangre, en cantidad superior a la normal.*

282. — *El novelista español Felipe Trigo murió el 2 de septiembre de 1916.*

283. — *Los jueces entienden por «setenado» el castigo con pena superior a la culpa.*

284. — *La composición para piano «Estudios sinfónicos» fué escrita por Roberto Schumann, compositor alemán.*

285. — *La «balanitis» es la inflamación de la membrana mucosa del bálano.*

786. — *El «cacaito» es una planta dileniácea, propia de tierras calientes.*

287. — *Los diccionarios lingüísticos más pequeños del mundo que ahora se venden, son los «Langenscheidt Lilliput» editados en Berlín.*

288. — *Para defenderse de los guerreros invasores, los helenos inventaron «el fuego griego», que era una mezcla muy inflamable de petróleo crudo, azufre y salitre.*

289. — *El último libro del humanista Engen Relgis se titula «Espíritu activo» y apareció en enero de 1959.*

290. — *Para ser considerado inoxidable, un acero debe contener por lo menos un 11 por 100 de cromo.*

291. — *Harlow Shapley, de la universidad de Harvard, cree «sólo una estrella en un trillón de astros soportaría nuestra vida planetaria, pero que son tantas las estrellas que existen que por lo menos en el universo conocido se podrían encontrar cien millones de astros análogos al nuestro».*

292. — *Los últimos cálculos dan un grosor al sol de trescientas treinta mil tierras.*

293. — *Los ocho metales que se consideran más preciosos son: platino, paladio, rodio, rutenio, iridio, osmio, oro y plata.*

294. — *Se entiende por «inmutable» a lo no mudable.*

295. — *Las primeras monedas que se conocen hechas con aleación cobre-níquel fueron acuñadas unos 170 años antes de Cristo, en Bactria, India.*

296. — *El 1 de abril de 1948 los rusos iniciaron el bloqueo soviético de Berlín.*

297. — *El «jabirú» es un ave zancuda del Brasil, parecida a la cigüeña.*

298. — *El ácido tartárico fué descubierto por Carlos Guillermo Scheele, químico sueco, en 1770.*

299. — *Muchos de los problemas mundiales de la mala nutrición se producen en zonas en las que el arroz y el maíz, pobres en uno o más aminoácidos esenciales, constituyen la fuente principal de proteína.*

300. — *La «kinestesia» es lo relativo a las reacciones musculares y al método de educarlas.*

301. — *Los «ecos espurios» que comienzan a plagar a los operadores de los aparatos de radar a medida que éstos se tornan más potentes se considera actualmente que son causados por los pájaros.*

302. — *En el estómago de un pez se encontraron alrededor de treinta y cinco mil caracoles pequeños.*

303. — *La zarzuela «La mazorca roja» fué compuesta por José Serrano Simeón, compositor español.*

304. — *Se entiende por «lagoquilo» al labio leporino o quilósquisis.*

305. — *La «maicena» es la harina muy fina de maíz.*

306. — *La «narceína» es un alcaloide que se obtiene del opio.*

307. — *La novela «El Diluvio» fué escrita por el escritor polaco Enrique Sienkiewicz.*

308. — *La «ñapinda» es una zarza americana muy espinosa.*

309. — *La «manaca» es una palma de la América central.*

310. — *El aire atmosférico está compuesto por los gases siguientes: nitrógeno, oxígeno, argón, neón, criptón, helio, hidrógeno y xenón.*

311. — *La atmósfera se compone de cuatro partes : troposfera, estratosfera, ionosfera y exosfera, que es la más alejada de la tierra.*

312. — *Se estima que un alga fósil encontrada en las rocas de Africa del Sur data de dos billones de años.*

313. — *El 7 de mayo de 1947, un cohete norteamericano retrató la parte occidental de los Estados Unidos, apareciendo en la fotografía la curvatura de la tierra.*

UNA NOVELA

La prueba

por J. O.

DURANTE el verano de 188... la concurrencia de banistas fue en Saludes mayor que nunca: desde la fundación del balneario no se había visto allí tanta gente ni tan bulliciosa.

Los enfermos graves eran pocos, y, como por razón de su estado se hallaban recluídos en sus habitaciones, no molestaban a los que querían divertirse: los cuartos eran limpios, la comida, si no muy delicada, abundante y sabrosa, las camas aceptables, el campo delicioso, y las excursiones salían baratas; de suerte que todo el mundo estaba contento, sin acordarse el bolsista de sus negocios, ni el empleado de su oficina, ni la mujer hacendosa de los quehaceres de su casa, ni mucho menos el estudiante de sus libros: las niñas en estado de merecer disfrutaban bastante libertad para dejarse galantear a sus anchas por los muchachos; y, según malas lenguas, de igual libertad se aprovechaban algunas casadas, si no para permitir que allí mismo fuese invadido el cercado ajeno, a lo menos para demostrar que no lo defenderían con tesón extraordinario cuando, de regreso en la corte, fuesen menor peligro de la murmuración y las ocasiones más seguras.

A que resultara grata la permanencia en Saludes contribuía mucho el director facultativo, hombre de treinta o pocos más años, simpático, muy inteligente, y en quien se daban reunidas raras circunstancias y envidiables prendas.

El doctor Ruiloz era el primogénito de un banquero, socio principal de la casa Ruiloz y Compañía, de Madrid. Desde muchacho se empeñó en seguir la carrera de médico, dejando a su segundo hermano el cuidado y la gloria de continuar amontonando millones. En un principio la familia trató de quitarle de la cabeza aquel propósito mas tan resuelto y decidido le vieron, que no hubo sino dejárselo lograr. «Aunque le falten enfermos — cuentan que dijo su padre —, no ha de faltarle dinero, teniendo yo tanto como tengo.»

Con la tenacidad mostrada al elegir carrera, y con la conducta que observó al estudiarla, quedaron probadas la energía y la fuerza de voluntad puestas en el alma de Juan Ruiloz, el cual, sin mermar a la juventud sus fueros ni dejar de divertirse durante aquella edad en que la alegría es media vida, fué primero modelo de estudiantes y luego espejo de médicos.

Trabajando mucho, prescindiendo de la influencia y riqueza de sus padres, verdaderamente obstinado en deberlo todo a su propio esfuerzo, se hizo hombre y comenzó a labrarse la reputación, logrando verla consolidada en pocos años con algunos buenos escritos referentes a su facultad y con unas cuantas curas y operaciones tan sabias como afortunadas. Su estancia en Saludes fué puramente accidental. El médico en propiedad del balneario, que era un íntimo amigo y compañero suyo, cayó enfermo; pidió licencia, concediéronsela; necesitó prórroga, se la negaron, y cuando se hallaba a punto de perder la plaza le dijo Juan:

—No te apures; para estas ocasiones son los amigos de mis padres; yo haré que me nombren director de Saludes, como supernumerario, en comisión, sin sueldo, de cualquier modo...; y en paz; te curas, y cuando puedas trabajar me retiro modestamente por el foro.

De esta manera llegó a ser médico del humilde balneario el doctor Ruiloz, a pesar de que por entonces ya su nombre corría de boca en boca, seguido de tales alabanzas, que nadie pudo comprender cómo ni por qué aceptó destino tan poco lucrativo. Pero los que estaban en el secreto y conocían íntimamente a Juan no se sorprendieron, sabiendo que, a más de ser amigo de hacer favores, había en él cierta innata tendencia a buscar en lo anormal y extraordinario el encanto de la vida. ¿Y dónde cosa menos vulgar y más desacostumbrada, para un médico rico y mimado por la suerte, que ir a encerrarse en un balneario de tercera clase, en el cual no había de ganar honra ni provecho, sólo por servir a un compañero?

Tal es la excelencia de las buenas acciones, que, a veces, el favor que se hace en obsequio de uno redunda en provecho de muchos, y así sucedió en este caso; porque cuando su clientela adinerada y elegante de Madrid supo que Ruiloz iba aquel año de médico a Saludes, allá se fueron tras él muchas familias de la corte; unas por tener cerca a su doctor favorito, y otras esperanzadas en que, no hallándose tan cargado de trabajo, podrían consultarle más despacio, con lo cual acudió tanta gente que todo el verano fué agosto para el humilde lugarejo.

Iba ya vencida la temporada y Ruiloz estaba, aunque no arrepentido del favor hecho a su amigo, cansado de tener más trabajo que en Madrid, cuando llegó a Saludes un matrimonio joven, acompañado y servido por una doncella y un ayuda de cámara; albergáronse amor y criados en la mejor casa del pueblo, y en seguida el marido, que se llamaba don Javier Molínez, se presentó a Ruiloz diciéndole que su esposa venía enferma, y que sólo para que él la asistiese habían hecho el viaje. Fué el doctor a visitarla, preguntó cuanto creyó conveniente, hizo los reconocimientos propios del caso, infundió ánimo en el abatido espíritu de aquella señora, que, además de joven, era hermosa, y luego, llegada la noche, y en vista de las reiteradas súplicas que Molínez le hizo para saber el verdadero estado de su mujer, le habló de este modo, mientras paseaban por el jardín del balneario:

— Ya que usted lo exige y tiene valor para escucharlo, le diré la verdad. El caso no es desesperado, pero poco menos. Aquí no deben ustedes

COMPLETA

de un alma

PICON

permanecer más tiempo que el preciso para que recobre fuerzas; vuélvanse ustedes pronto a su casa. Ni sé cómo ha podido soportar el viaje en las condiciones en que está.

Hizo luego una breve explicación científica, y terminó diciendo:

— Puede vivir unos cuantos meses..., tal vez años, aunque, desgraciadamente, no lo espero..., y cualquier contratiempo en la marcha de la enfermedad puede también ocasionar un desenlace fatal en pocos días. Acaso la saquemos adelante; pero, hoy por hoy, su estado es muy grave. Si mejorase algo, lo más juicioso sería llevársela a Madrid.

— De modo que... ¿no hay esperanza?

— Eso... nadie lo sabe.

— ¿Y cree usted que debo avisar a mi suegra para que venga?

— Indudablemente; con tal de que halle usted pretexto para justificar su llegada, porque la enferma no está para soportar emociones fuertes.

Sin duda, Molínez tenía modo de justificar el viaje de su madre política, pues le telegrafió para que acudiese a Saludes, donde llegó a las treinta horas, acompañada de una mujer entrada en años, que era su ama de llaves y de una señorita de gracioso rostro y gentil figura a quien llamaba Julia.

Pocos días bastaron para que los Molínez y el doctor simpatizaran; entre las cualidades personales de éste y el agradable trato de aquéllos, que se esforzaban en atraerle y agasajarle en beneficio de la enferma, pronto se hicieron amigos. Ruiloz y Javier daban juntos largos paseos, jugaban al ajedrez y, con frecuencia, comía el primero en casa del segundo; de suerte que los forasteros siempre tenían cerca al médico, y éste se complacía en el afable trato de la familia madrileña.

Esto sucedía a principios de agosto.

Transcurrido un mes, todos los habitantes del balneario sabían que la señora de Molínez estaba muy aliviada y que, sin embargo, el doctor cada día pasaba más tiempo en su casa; con lo cual hallaron fundamento las suposiciones de los malévolos y ocupación las lenguas de los murmuradores. «Las enfermedades del corazón deben de ser contagiosas — cuentan que dijo un chusco —, porque desde que llegó esa señora de Molínez el médico está muy grave.»

Realmente, la variación sufrida por Ruiloz en poco tiempo era tal que sólo un ciego podía dejar de observarla. De alegre, decidor y bromista, se hizo triste, callado y serio; algunos días hasta se mostraba desabrido y seco con los enfermos; en el salón del balneario apenas ponía los pies; negóse a recibir fuera de las horas marcadas para la consulta y, por último, su semblante adquirió una expresión de melancolía que hubiese justamente alarmado a sus padres y amigos si de improviso llegaran a Saludes.

Este cambio, casi repentino, y las constantes visitas a la familia de Molínez, daban cierta apariencia de verdad a la suposición de que al doctor no le preocupaba única y exclusivamente el cuidado de sus enfermos. La mejoría de Clotilde Molínez valió a Ruiloz muchas enhorabuenas; pero a espaldas suyas dió pábulo a grandes murmuraciones. Todo el mundo, pasándose de listo y sin recordar que en aquella casa había dos mujeres, una soltera y otra casada, creía o fingía creer que el médico estaba enamorado de la segunda. Sin embargo, el marido de ésta podía dormir tranquilo. Quien ocasionaba las cavilaciones del doctor era la joven que llegó a Saludes con la suegra de Molínez.

Representaba Julia más de veinte y menos de veinticinco años; tenía la mirada inteligente y expresiva, las facciones delicadas, el andar airoso y el cuerpo bien formado; pero su principal encanto estaba en su manera de expresarse, y no sólo en lo que decía, sino en el modo de decirlo; porque, además de gran claridad de entendimiento y y mucho ingenio, descubrían sus palabras superior bondad de alma y sinceridad extraordinaria. Era ilustrada sin afectación, recatada, sencilla, honesta sin hipocresía y franca sin descaro. La única condición que pudiera deslucir algo estas cualidades consistía en cierta dureza y acritud en las frases cuando en la conversación salían a plaza determinadas flaquezas humanas: la mentira y el engaño, el disimulo y la astucia le eran aborrecibles.

Su tía doña Carmen, madre de Clotilde y suegra de Molínez, parecía fiar y descansar en Julia para todo lo referente al cuidado de la casa, tratándola como a hija y siendo por ella considerada con grande amor y respeto. El cariño que tía y sobrina se profesaban era prueba indudable de la buena índole de ambas: las atenciones y el mimo que Julia prodigaba a doña Carmen contribuyeron mucho a que Ruiloz descubriese en la primera las cualidades que, hábilmente dirigidas, pueden ser la base de un hogar dichoso.

Pero el médico fué observando que entre Julia y su prima y el marido de ésta no reinaba la misma cordialidad. Para doña Carmen era toda mansedumbre y cariño; respecto de Clotilde y Javier parecía vivir en sumisión forzada: les dirigía la palabra cortés y casi afectuosamente, mas con tal circunspección y mesura, siempre con tan escasa confianza, que la reserva robaba espontaneidad a su lenguaje; diríase que medía y pesaba las palabras, evitando cuidadosamente todo lo que pudiese ocasionar piques y roces. La frialdad que reinaba entre aquellas tres personas era evidente; en vano se esforzaban por cubrir con frases pulidas y mentidos halagos aquella tirantez; inútil era

también la habilidad desplegada por doña Carmen para ocultar tanta hostilidad mal contenida. Nada de esto escapó a la penetración de Ruiloz.

El primer sentimiento que Julia le inspiró fué la simpatía; después, notando su rara situación en el seno de aquella familia, no pudo librarse de una sospecha en que iba envuelto un desencanto. Imaginó que entre Julia y Javier «había algo y que, por encubrirlo, fingían; luego creyó que si entonces no estaban unidos por afecto culpable, acaso lo habrían estado tiempo atrás, substituyendo después el rencor a la pasión; por último, se aferró a la idea de que la aversión que los separaba obedecía a sentimientos de índole opuesta, porque él mostraba bajeza y apocamiento ante Julia, y ésta, por el contrario, le miraba entre despreciativa y soberbia. Ruiloz se dió cuenta también de que doña Carmen vivía, al parecer, siempre atormentada por aquel drama íntimo, esforzándose en limar asperezas, evitar disensiones y alejar conflictos; pues ya intervenía en los diálogos para variar la conversación cuando corría peligro de agriarse, ya entraba oportunamente en las habitaciones estorbando que Julia se hallase sola con Javier o con Clotilde, ya, por último, y esto era lo que hacía con más gusto, mimaba y acariciaba a su sobrina, cual si quisiera recompensarla por algún sacrificio o indemnizarla de alguna grande e inmerecida injusticia.

La criada de doña Carmen también parecía querer mucho a Julia, mirando, por el contrario, a Clotilde y su marido con respeto, pero sin cariño; todo lo cual indicaba que en la existencia de aquella familia había un secreto: según las trazas, Julia era o había sido víctima de alguna infamia.

La triste situación de esta mujer y sus gracias naturales, aumentadas con el novelesco encanto del misterio, hicieron que Ruiloz se apasionase por aquella víctima de no sabía qué injusticias. A su amor contribuyó, tanto como la figura de Julia, la facilidad con que su propio ánimo se dejaba influir y dominar por todo lo extraordinario y anormal, llegando a sentir un afecto formado de simpatío y de piedad, robustecido por la prudencia forzada, y, finalmente, poetizado por aquella aureola de dignidad y desgracia en que veía envuelta a la mujer querida. No le seducían sus ojos por expresivos, ni su boca por fresca, ni su talle por esbelto, sino toda ella por cierta atmósfera de melancolía que, circundándola como un ropaje ideal, daba a sus ojos apacible tristeza, a su boca sonrisa resignada y a su cuerpo entero una dejadez y laxitud en mayor grado poderosas y excitantes que la más espléndida hermosura o la más astuta coquetería.

A pesar de todo, Ruiloz ocultó cuidadosamente su amor, pensando que ni la situación de aquella familia ni el poco tiempo que en su amistad llevaba le permitían por entonces otra cosa; pero este mismo forzoso secreto sirvió de incentivo a su deseo.

Entretanto, la enfermedad de Clotilde volvió a agravarse, precisamente cuando el balneario se iba a quedar desierto. La fecha de la clausura estaba cercana, y el médico no decía palabra de volver a la corte; si alguien le hablaba del regreso, respondía con evasivas; pero, como nadie se engaña a sí mismo, harto persuadido estaba él de que Julia, únicamente ella, era quien le retenía. Por fin se marcharon de Saludes hasta los criados y camareros; no quedaron en el lugar más que la familia Molínez y el doctor. Entonces éste, temeroso de que aun a sus nuevos amigos pareciese sospechosa tal conducta, mortificado por la suposición de que pudieran creer que prolongaba su asistencia para hacer pagar más caros sus cuidados, y, sobre todo, aguijoneado por el amor, determinó salir de dudas.

Una noche vió que Julia tenía los ojos como puños de haber llorado. No se atrevió a preguntarle; pero al día siguiente, que era domingo, esperó muy de mañana a la criada vieja de doña Carmen y, acercándose a ella cuando salía de la iglesia, le rogó que le siguiese hasta su despacho del balneario, donde, primero con astucia y luego con ofertas, trató de averiguar lo que tanto deseaba saber.

Aquella buena mujer le dejó hablar cuanto quiso, sin interrumpirle; oyó sin chistar los inocentes y mal rebuscados pretextos en que fundaba sus preguntas, y luego, sonriendo, como diplomático que no se resigna a darse por engañado, le dijo con la respetuosa franqueza propia de algunos sirvientes viejos:

— Mire usted, señor doctor, hace muchos días que esperaba esto..., vamos, que me buscase usted.

— ¿Usted lo esperaba?

— Tan seguro lo tenía, que antes de venir he hablado yo de todo esto con mi ama doña Carmen.

— ¿Y qué le ha dicho a usted? ¿Y por qué lo sospechaba usted?

— ¿Me da usted permiso para que hable clarito?

— ¡Se lo ruego!

— Pues usted está enamorado de la señorita Julia; usted ha comprendido que en la casa pasa o ha pasado algo muy gordo, como vulgarmente se dice, y quiere enterarse... Naturalmente, un hombre tiene derecho a saber lo que tanto puede importarle.

CONCEBIR

LA función mental de concebir es, respecto de la literatura, lo que el verbo en la historia del hombre : la primera y más augusta función. Puede uno ser pensador sin ser escritor brillante. (Einstein, Cajal, Mella), pero no hay escritor que no tenga levadura de pensador notorio (Pi y Margall, Ortega, Reclus, Camus). En efecto, cuando nos ponemos delante de las cuartillas, pluma o máquina en ristre, el vientre de nuestro cerebro ha recibido ya el óvulo que va a «concebir», a preñar, a engendrar la idea que ha de nacer después, y que vestirá cada uno con los albos pañales o vistosas puntillas de su estilo personal.

Cervantes confiesa en una de sus memorias que ciertos trozos de la vida del héroe manchego fueron concebidos mientras hacía sus deposiciones y en los ratos que preceden al sueño en el duro camastro de todas las posadas de España. el mejor novelista del mundo tenía el peor de los oficios. Era una especie de recaudador de

— Y esto que usted dice, ¿lo sospecha también doña Carmen?

— A mi señora no se le escapa nada.

— ¿Y doña Clotilde y su marido?

— La enferma, usted lo sabe, no está para nada; el señorito Javier no sé si se habrá fijado; pero ése... lo mejor que le podía suceder era que la señorita Julia saliera de casa.

— ¿Y ella?

— Doña Carmen dice que sí, que la señorita ha comprendido que usted la quiere; yo, a decir verdad, no losé. ¡Ojalá le hiciese a usted caso! Todo se lo merece..., aunque no sea más que por lo que ha sufrido.

— Veo que con una mujer como usted no hay que andarse por las ramas, y menos estando doña Carmen enterada...

— Pues pregunte usted lo que quiera. Soy vieja, llevo veinte años al lado de doña Carmen, y ya he dicho que estoy aquí con su consentimiento. Lo que usted desea saber es... la situación de la señorita Julia en la casa, el porqué no se lleva bien con la señorita Clotilde y con su marido; en fin, todo lo que pasa.

— Cabal.

— Va usted a salir de dudas. La señorita Julia es sobrina carnal de doña Carmen, hija de una hermana suya que murió hace quince años. La ha criado como a su propia hija, que es de la misma edad, poco más o menos. En vez de una hija han sido dos... y, la verdad, la señorita Julia es de mejor índole, más cariñosa y dulce.

— ¡Eso un ciego lo ve!

— Hace tres años comenzó con Javier a seguirlas por todas partes: a teatros, conciertos, paseos..., en fin, lo que hace un enamorado.

— ¿De quién?

— De la señorita Julia. Por fin, le presentaron en la casa; ella no le puso mala cara, y entuvieron en relaciones... cosa de seis meses.

— Pues no comprendo...

— Mis señoritas tienen costumbre de salir de Madrid todos los veranos, y se encontraron con que aquel año no podían. Verá usted por qué. La casa donde vivimos en Madrid es de doña Carmen; un caserón viejo, a la antigua. La señora quería hacer obra, obra grande: tirar tabiques, reformar muchas cosas, tapizar luego habitaciones... un trajín de todos los diablos; y, por otra parte, no quería renunciar al viaje: cuestión de salud. Tenemos un administrador viejecito, un buen señor; pero con tantos años sobre sí, que no sirve para nada. En una palabra, hacía falta que se quedara alguien con él. En fin, quedamos en Madrid el administrador, la señorita Julia y yo, pasando todo el verano vigilando a los operarios. La señorita Julia comprendió que debía dar este gusto a doña Carmen..., y de ahí nació todo.

— ¿Y qué tiene eso que ver?...

— ¿No lo adivina usted? Doña Carmen y la señorita Clotilde se fueron con una doncella; nosotras nos quedamos, y... aquí entra lo feo. Doña Carmen, que había autorizado los amores de la señorita Julia con don Javier, prohibió, naturalmente, que éste entrase en la casa durante su ausencia, y ella, más buena que el pan, para evitar toda clase de habladurías, pidió a su novio que se marchara también de Madrid durante el verano. Y él se fué, sí, señor; pero se fué donde estaban ellas: primero a San Sebastián, luego a Biarritz, quince días en París... y donde fué no lo sabemos, pero...

— ¿Clotilde le robó el novio a Julia?

— Sí, señor; robado, ése es la palabra. Parece que la cosa comenzó con bromas y coqueteos; no sé lo que sucedería, pero a mitad del veraneo dejó de escribir a Julia. El administrador y yo creímos que la señorita se moría; doña Carmen llegó a Madrid enferma del disgusto, porque se traía tragada la infamia. ¡Qué cosas le dijo a su hija! No hubo medio de evitarlo: él amenazó con sacarla depositada, y, ante el escándalo, hubo que ceder. Este es el secreto de todo. Como usted puede imaginar, se acabó la tranquilidad.

No hay palabras con que decir el asombro de Ruiloz; asombro mezclado de pena, pues su primera suposición fué que Julia seguía enamorada de Javier, Trató, sin embargo, de coordinar sus pensamientos, y preguntó a la vieja:

— Pero dígame usted: después de todo esto, ¿cómo sigue la señorita Julia viviendo en la casa?

— Viven y no viven juntos. En Madrid, la señorita Clotilde y su marido tienen el bajo, que es independiente: doña Carmen, Julia y yo, el principal. En Madrid, ellas dos apenas se veían. Por eso han sido aquí los rozamientos en cuanto se han acercado. Además, ella quiso meterse a monja... ponerse institutriz... ¿Cómo había de permitirlo la señora?

— Todo está explicado.

— ¡Claro! Aquí han sido los disgustos gordos. Cuando usted mandó llamar a mi ama, la señorita Julia no quiso que viniera sola; pensó que tendría calma para ver a la otra, para verle a él... y no ha habido tal calma. Esta es la situación.

— ¿Y no hay más?

— Nada más.

— ¡Pobre mujer!

— ¡Figúrese usted! Está colocada en la alternativa de tener que abandonar a doña Carmen, o

Y ESCRIBIR

contribuciones. No es ocioso decir aquí, de pasada, que en cierto lugar de Castilla los mozos más aguerridos le dieron una buena reprimenda. (¿No le inspiraría este suceso el famoso manteo que sufrió Sancho Panza en la Venta de Maritornes?); porque ayer, como hoy, como mañana, los agentes del Fisco son enemigos subrepticios del pueblo.

Hay quienes afirman garrulamente que existen páginas hermosas completamente huecas de ideas. Es una puerilidad. La idea forma parte intrínseca de la propia literatura. Es lo que la yema al huevo, la luz al día, el beso al amor. Se trata en realidad de que esa idea que se muestra o se esconde los pliegues de un párrafo impecable, no place a nuestra sensibilidad, no cuadra con nuestro concepto, nuestra formación, nuestra aspiración; pero la idea existe, está ahí, porque existe la madre noble que la parió que, en este caso, es la literatura o el arte de escribir. *CONRADO LIZCANO*

quien todo se lo debe, o soportar la presencia de los otros. Y ahora comprenderá usted también la influencia que han de tener ciertos sacudimientos morales en la enfermedad de doña Clotilde; porque, a mí no me cabe duda, también ella ha de sufrir..., ¡y bien castigada está! Sabe que Julia la desprecia, y al mismo tiempo está celosa de ella.

— ¡Si Julia quiere yo la haré feliz! — exclamó Ruiloz en un rapto de indignación mezclada de ternura.

Y en aquel momento comprendió que la amaba de veras. No, no era sólo la atracción de lo misterioso y anormal; era que aquella mujer se le había metido en el alma. Hizo un esfuerzo por serenarse, y dijo:

— Pues bien; sólo dos cosas deseo saber ahora; primera, ¿cree usted que Julia quiere todavía a Javier?

— Me parece demasiado altiva, demasiado digna...

— Segunda: ¿cree usted que doña Carmen apoyará mis deseos?

— Cuando me ha permitido venir aquí es que ha visto en usted un hombre honrado para su Julia.

— Pues si es así, yo aprovecharé la primera ocasión que se me presente propicia para hablar con Julia. ¡Con tal de que su antiguo amor no sea una verdadera pasión!

— Se me figura que no; eso, usted lo averiguará. Y ahora, para concluír, yo también tengo que hacer a usted una pregunta, por encargo de mi ama, y claro está que repetiré con la mayor prudencia lo que usted diga. Vamos a ver: ¿cual es el verdadero estado de la señorita Clotilde?

— Creo que de esta crisis saldremos adelante; pero de las que vengan luego no respondo; en uno de esos ataques tiene que quedarse. De modo que si ahora se alivia, lo antes posible a Madrid con ella.

.....

Desde la mañana en que Ruiloz habló con la criada confidente de doña Carmen, subieron de punto sus quebraderos de cabeza. Ya sabía cuanto deseó saber; ya conocía el secreto de aquella familia, el motivo de las tristezas de Julia, y, sin embargo, sus dudas eran más dolorosas que antes. Ella en nada desmereció a sus ojos; siguió pareciéndole tan digna de ser querida como antes; nada vituperable halló en su conducta; había amado a un hombre que la despreció por otra, ni más ni menos.... Allí, la mala, la digna de censura era Clotilde. Para Molínez no encontraba calificativo bastante duro: era un miserable vulgar, que, sintiendo inclinación hacia una mujer, la dejó dándole por rival a su prima, prolongando luego una situación en que la infeliz había de sufrir doblemente con mortificaciones de amor propio y... acaso, acaso con dolorosímos celos. Porque ¿quién podría decir si Julia no amaba todavía a Javier? ¿En qué consistiría su tormento? ¿En la postergación sufrida o en el desengaño experimentado? ¿Quién era capaz de saber lo que pasaba en su alma? El haberle quitado el novio ¿significaría para ella la simple humillación del orgullo femenino, herida hecha en la vanidad que escuece, pero se cura, o sería tal vez el robo de sus ilusiones y la muerte de sus esperanzas? Aquel odio hacia Clotilde, que Julia no podía encubrir, ¿era expresión más o menos exagerada de desprecio y superioridad, o era el rencor de un alma a quien se habían cerrado las puertas de la dicha? En una palabra ¿habría Julia sentido por Molínez un amor tibio y pasajero, ya extinto, o una de esas pasiones que en la adversidad se exacerban y llenan toda la existencia.

Ruiloz necesitaba saberlo, pues una cosa era para él pretender a quien sólo fué requerida de amores consintiendo en ello, y otra cosa, muy distinta, sería aspirar a enseñorearse de un corazón que tenía dueño, tanto más adorado cuanto más imposible era poseerlo. Finalmente, comprendió que le era indispensable averiguar si Julia odiaba a Clotilde tan sólo por su pasada perfidia, o si estaba celosa de ella porque seguía queriendo a Javier.

Las circunstancias le favorecieron, y él las aprovechó empleando medios conformes a su índole soñadora a recursos en que tal vez la fantasía superaba al raciocinio.

Cualquier otro hombre hubiese comenzado por galantear a Julia hasta esperanzarse con algún fundamento para seguir después enamorándola a fuerza de sinceridad y prudencia: él comenzó a discurrir, ante todo, la manera de salir de dudas; lo demás suponía que se haría solo. Pronto se le presentó la oportunidad de poner su imaginación al servicio de su propósito.

A los pocos días de hablar con la criada de doña Clotilde, a quien velaban alternativamente una noche su marido con la doncella, y otra, Julia con doña Carmen, la cual solía echarse en un sofá mientras Julia pasaba el rato leyendo y pronta al cuidado de la enferma.

Para una de estas noches concibió y dispuso Ruiloz su plan, ideado acaso con no muy sólido fundamento, por suponer al prójimo capaz de afectos tan vehementes como los por él experimentados; pero que, a juicio suyo, había de darle inmediata y plena certidumbre de los sentimientos de Julia.

Por la tarde tomó en su casa dos frascos, uno de cabida como para treinta gramos y otro muy pequeño; llenólos ambos de agua clara y, sin añadir nada al primero y mayor, vertió en el segundo una materia inofensiva, que dió al agua transparente un color amarillo, tan brillante, que puesto el vidrio al trasluz, parecía contener oro líquido. Luego tapó cuidadosamente ambos frascos y esperó a que llegase la ocasión deseada.

.....

Las habitaciones que servían de albergue a los Molínez eran espaciosas y estaban amuebladas a estilo de pueblo, contrastando con la vetustez y modestia de cuanto había en ellas el aspecto moderno y la riqueza de los utensilios, ropas, neceseres y estuches de los madrileños: un saco, una manta de viaje, valían más que todo lo puesto a su idsposición por el huésped.

Ocupaba el centro de la casa una sala grande con dos dormitorios, uno a cada lado: el de la

derecha, para doña Carmen y Julia; el de la izquierda, para Clotilde y su marido.

La enferma, casi privada de poder acostarse, pasaba muchas horas sentada en una gran butaca, junto a un ventanón, al través de cuyos cristales, pequeños y emplomados, se descubría un hermoso y pintoresco valle. Cuando quería dormir se extendía en aquella misma butaca, y, apoyada en varios almohadones, lograba conciliar el sueño. Una lámpara muy lujosa, llevada de Madrid, iluminaba el gabinete, mientras Clotilde estaba desvelada, encendiéndose en su lugar, cuando quería dormir, una bujía puesta en el suelo y ocultada con una manta colgada entre dos sillas.

Tal era el aspecto de la estancia una noche en que doña Carmen y Julia devían velar a Clotilde.

Rulioz procuró entretenerse un rato con doña Carmen, hasta que Javier se retiró a descansar; luego fué dejando decaer el interés de la conversación que sostenía con ella hasta verla dar cabezadas, y cuando se hubo dormido por completo fué acercándose hacia Julia, que estaba leyendo junto a un velador encima del cual lucía la lámpara cuya pantalla arrojaba toda la claridad sobre su gentil figura, dejando los extremos de la habitación en sombra. Tenía puesto un traje de lanilla gris, liso y muy ceñido; la respiración pausada y tranquila imprimía a su hermoso pecho un movimiento regular, y un rizo sedoso y negro, escapado de entre las horquillas, le ocultaba parte de la frente.

No parecía interesarle gran cosa la lectura; había instantes en que los ojos se le quedaban inmóviles, fijos, cual si entre ellos y el periódico se interpusiese algo que abstrajese su alma de cuanto la rodeaba, dibujando en su rostro una sonrisa de hastío y de tristeza; pero otras veces, al menor ruido que procediese de donde estaba Clotilde, aquellos mismos ojos se animaban de pronto, como si en ellos fulgurase la llamarada de un impulso indomable. Si Clotilde respiraba fuerte o se movía, haciendo crujir levemente sus ropas, Julia, alzando súbito la cabeza, quedábase mirándola, con las pupilas incendiadas por un relampaguear indefinible y extraño, que nadie hubiese podido decir si era expresión de odio o muestra de terror. En aquellas miradas, imposibles de descifrar, estaba retratada su situación. ¿Qué afecto agitaría su alma? ¿La soberbia de un perdón desdeñosamente otorgado? ¿La indiferencia del desprecio? ¿Tal vez la compasión que, aun merecida, inspira la desgracia, o acaso el rencor involuntario y hondo que con ningún infortunio ajeno se apacigua?

Al llegar Ruiloz al lado de Julia, ésta dejó caer el periódico sobre el velador, disculpándose de haber seguido leyendo.

— Creí que se había usted marchado.

— ¿Sin despedirme?

— Usted ya es de casa.

— ¡Ojalá!

— ¿Por qué?

Ruiloz, sin contestar a esta pregunta, siguió:

— Me he quedado para hablar con usted.

— ¿Conmigo?

— Sí, usted es aquí, tal vez, la única persona con quien se puede hablar claramente del gravísimo estado de esa pobre señora. ¿Para qué mortificar más a su madre y a su marido?

— ¿Cree usted que hoy está peor?

— Sí; y quisiera hacer una prueba con ayuda de usted. Si usted no se hubiese quedado hoy a velarla, habría esperado; porque para lo que intento no puedo fiarme del marido, a quien la emoción quitaría serenidad, ni menos de la madre...

— Usted dirá lo que se debe hacer.

Ruiloz miró acia doña Carmen para convencerse de que seguía durmiendo, y sacando del bolsillo los dos frasquitos, el del agua clara y el del agua teñida de amarillo, dijo enseñándoselos a Julia y refiriéndose al segundo:

— Este es un medicamento de una violencia excepcional; hay que emplearlo con la mayor precaución; no hay veneno que se le iguale.

— ¿Y cómo se da eso?

— Ahora lo sabrá usted. Clotilde habrá tomado est atarde poco alimento...

— Muy poco.

— Probablemente se despertará, y entonces le da usted dos cucharadas de lo contenido en el frasco grande. Tal vez siga tranquila, y en ese caso, nada. Pero lo casi seguro es que sobrevenga una excitación muy fuerte, y entonces le da usted cuatro o seis gotas de lo del frasquito amarillo. Muchísimo cuidado: es absolutamente necesario que la excitación sea indudable, porque si tomara el segundo medicamento sin haberse producido la alteración, en situación normal... la muerte sería rapidísima. ¿Me ha comprendido usted bien?

— Creo que sí — repuso temblando.

— Al ponerse agitada, nerviosa, seis gotas del frasco amarillo; y, no lo olvide usted, si esa excitación no viene, dárselas es matarla.

En seguida Ruiloz se despidió, dejándola con los dos frascos sobre el velador y llena de sobresalto el alma.

Realmente aquello era un engaño sólo posible con una persona ignorante en cosas de medicina; mas la situación de Julia no dejaba por eso de ser tremenda. La casualidad, o la fatalidad, ponía en sus manos la existencia de Clotilde: su vida pendía de un hilo, y ese hilo ella podía cortarlo con completa irresponsabilidad... Sí; aquélla era la hora de la venganza; tan fácil como nunca pudo soñarla un espíritu rencoroso. Además, ¿quién iba a sospechar de ella, cuando el médico sería el primero que la justificara?

Ruiloz lo calculó todo de un modo diabólico. Las dos supuestas medicinas eran agua: ni la primera había de causar agitación, ni la segunda podía producir la muerte; pero si Julia daba la última, su intención no ofrecería duda de ningún género: habría mentido al decir que vino la excitación, y habría demostraso para él solo, el deseo de abreviar la vida de Clotilde. En una palabra, Ruiloz iba a penetrar en el alma de Julia: si ésta procuraba la muerte de Clotilde era señal de que seguía enamorada de Javier, o de que, sin amarle, era rencorosa hasta la perversidad e indigna de ser querida; si lo contrario, demostraría, primero, que su corazón era incapaz de venganza, y

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

tal vez que su amor a Julia era sentimeinto extinguido.

De esta suerte quedaron ambos al separarse, lleno de confusión el pensamiento: Ruiloz, porque aquella prueba había de revelarle el temple y la índole de la mujer querida, y Julia, porque a solas con su conciencia, imaginaba ser juez en causa propia.

.....

¡Qué noche tan larga... y qué ideas tan negras! Pero su voluntad no vaciló, ni la entereza de su virtud desfalleció un instante; mas a la imaginación..., a ésa ¿quién le corta las alas?

Al través de los vidrios y visillos de las ventanas se veían lucir las estrellas, turbaban el silencio los ruidos característicos del campo, ya el campanilleo de una recua, ya el rechinar de un carro, ya los graznidos de las aves rapaces que buscaban nidos entre la espesura del ramaje.

A las tres de la madrugada la enferma pidió agua; Julia se la dió. La tentación no había hecho presa en su alma, y, sin embargo, todo su cuerpo temblaba, no por miedo al delito, sino sólo ante la facilidad de poder ejecutarlo.

— Te tiembla la mano — dijo Clotilde con voz débil al tomar el vaso.

— Tengo frío — repuso Julia.

Y llena de espanto pensó en cuál otro y cuán distinto sería su temblor si hubiese aceptado la idea del crimen. Clotilde, apurando el agua, miró con precaución en torno, bajando cuanto pudo la voz, preguntó:

— ¿Estamos solas?

— Sí.

Entonces dominada por uno de esos impulsos misteriosos que hacen pensar a dos almas en una misma cosa al mismo tiempo, atrajo a Julia hacia sí, diciendo con acento de súplica:

— ¿Aún me guardas rencor?

— Calla y duerme — repuso aterrada, pareciéndole que evocar lo pasado era incitarla al delito.

A las cuatro y media, cuando empezaba a despuntar el día, Clotilde llamó otra vez. Julia, con mano firme y pulso seguro, le dió la cantidad que debía del líquido contenido en el frasco grande, y esperó... ¿Vendría la agitación esperada y temida por el doctor?

Clotilde quedó inmóvil y adormilada, como en reposo absoluto de espíritu y de cuerpo; apenas se notaba su respiración. De pronto se apagó la lámpara y Julia, sin llamar a nadie, la sacó fuera para que no diese tufo, yendo a dejarla en uno de los cuartos inmediatos.

Ya era día claro. Avida de ambiente puro, abrió un balcón que daba al huerto, y apoyada de pechos en la barandilla, respiró con fuerza, larga y deleitosamente, el aire fresco del amanecer. ¡Qué sol tan hermoso!... Y en su alma, ¡qué dulcísima paz!

.....

Ruiloz halló a la enferma igual que la víspera. Julia le dijo que había pasado la noche sin novedad, y le devolvió el frasquito del líquido amarillo, diciendo con la mayor naturalidad:

— No ha hecho falta.

.....

Aprovechando una pasajera mejoría de Clotilde, se decidió la vuelta a Madrid, pero sin esperanza; ella misma, convencida de su próximo fin, murmuraba tristemente al salir del pueblo:

— ¡A morir a casa!

Ruiloz les acompañó hasta la estación, donde llegaron mucho antes de la hora de la salida.

El día era hermosísimo; un airecillo manso y saturado de aromas campestres movía lentamente los árboles; los andenes estaban casi vacíos; ne se oían más ruidos que el rodar del ómnibus que regresaba al pueblo y el alegre piar de una bandada de gorriones que venía revoloteando a posarse en los alambres del telégrafo. Doña Carmen y Javier estaban al lado de Clotilde, para quien se había dispuesto en la sala de descanso una butaca; Julia y Ruiloz paseaban calladamente, yendo y viniendo desde los almacenes de mercancías hasta el depósito de agua que servía como abrevadero a las locomotoras De pronto ella, dando sin saberlo, pie al médico para que dijese lo que tenía pensado, le preguntó:

— ¿Estará usted aquí todavía muchos días?

— No; iré a Madrid muy pronto.

Al mismo tiempo, fijando en Julia la mirada, se permitió cogerle familiarmente una mano, y como quien está resuelto a no callar, continuó:

— ¡Por lo que usted más quiera en el mundo!... óigame usted un instante. Sé lo buena que es usted... lo que usted merece, lo que ha sufrido... Le ofrezco a usted un nombre honrado, una posición independiente... y un tesoro de cariño. ¿Quiere usted ser mi mujer?

Ella calló un momento entre absorta y halagada, pero sin mostrar sorpresa; después bajó los ojos, y alzándolos luego y mirándole cara a cara, repuso:

— ¿Está usted seguro de que lo siente? ¿Es que me quiere usted..., o que me compadece? Porque usted sabe algo... No, no será amor..., es lástima.

— ¿Cree usted que se casa nadie por lástima?

— ¿Sabe usted que soy pobre? ¿Que no tengo absolutamente nada?

— Y me alegro con toda mi alma.

Entonces, inundado el corazón de una felicidad tanto más intensa cuanto menos prevista, le dijo:

— Debemos pensarlo mucho. Venga usted pronto a Madrid... y hablaremos. ¿No le parece a usted que debemos conocernos más?

— La conozco a usted mucho más de lo que imagina.

Pocos minutos después partieron los viajeros. Doña Carmen y su criada cuchicheaban a un extremo del vagón; Javier iba contando un puñado de monedas de plata; Clotilde, reclinada sobre un montón de almohadones, tenía impresas en el semblante las señales de un dolor intenso.

Ruiloz quedó solo en el andén, al borde de la vía, triste y cabizbajo; pero pronto abrió el alma a la ventanilla hasta perderse el tren de vista en una curva que comenzaba junto a la salida de agujas. Luego se oyeron lejanos los resoplidos del vapor, rasgó los aires un silbido y en el espacio flotó una nubecilla blanca.

FIN

Imp. des Gondoles, 4 et 6, rue Chevreul, Choisy-le-Roi (Seine).—Le Gérant E. Guillemau. Toulouse (Hte. Gne.)

POETAS DE AYER Y DE HOY

DEBER

Rimar una canción,
Poetas,
que diga de los pobres
las ansias y las penas,
los duros sufrimientos,
las continuas dolencias,
los zarpazos del hambre
dejando sus huellas
en tiernos chiquillos
de caras famélicas...
¡El vacilo de Koch que pulula
como un anatema
esperando el momento propicio
en esas viviendas
tan negras,
tan sucias,
tan húmedas!...
La tisis... tejiendo y tejiendo
sus redes siniestras.
Rimar una canción,
Poetas,
y exaltar la gesta noble,
la sacrosanta gesta,
de los Cristos que anuncian
la paz en la tierra,
y la gesta de los Espartacos
que se rebelan
y ofrecen su sangre
cálida y fructífera
en magno holocausto
por la nueva era...
Los Espartacos
de ojos que reflejan
pasiones rotundas
ansias como hogueras
penas cual volcanes
— ansias rojas rojas, penas negras negras —
Manne-Thecel-Phares
para la miseria.
¡Y los Cristos!...
Los Cristos que pasan
diciendo poemas,
sembrando perdones,
forjando cadencias
de amores sublimes, inconmensurables
como las flores, cual las estrellas,
como el perfume
de un alma ingenua.

JAVIER ELBAILE

Primavera

Un parque. Niños que corren.
Flores en todas macetas.
Unos soldados. Los coches
empujados por niñeras...

La banda municipal
bajo una dulce glorieta
pone en el aire los trinos
que iniciara Filomela.

Sentado al sol hay un viejo
que sueña pasadas fiestas
— polison, minué, bordados
y almidonadas pecheras —.

En el cielo un avión
deja tras de sí una estela...
Dan las dos... Dos mariposas
vuelan, se paran... y tiemblan.

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es él guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

COLECCION «RADAR»

«Origen del socialismo moderno»: Horacio E. ROQUE, 1,50 N.F.
«Biografía Sacra»: Luis FRANCO, 2,00 N.F.
«Capitalismo, Democracia y Socialismo libertario»: A. SOUCHY, 1,30 N.F.
«Alejandro Korn, filósofo de la libertad»: F. ROMERO, 1,50 N.F.
«Arte, poesía, anarquismo»: Herbert READ, 1,50 N.F.
«Ni víctimas ni verdugos»: Albert CAMUS, 1,00 N.F.
«Reivindicación de la libertad»: G. ERNESTAN, 1,50 N.F.

COLECCION «CENIT»

«Ideario»: Ricardo MELLA, 2,50 N.F.
«El fascismo en la ideología del siglo XX»: Carlos M. RAMA, 1,30 N.F.
«Frente al público»: Sebastián FAURE, 1,30 N.F.
«Antología Libertaria»: Textos de Eliseo RECLUS, Miguel BAKUNIN, Pedro KROPOTKIN, Cristian CORNELISSEN, Carlos CAFIERO, 1,30 N.F.
«La Grecia Libertaria»: Han RYNER, 0,60 N.F.
«Biografía de Bakunin»: James GUILLAUME, 0,60 N.F.
«Crítica anarquista de la sociedad actual»: Profesor OITICICA, 0,50 N.F.

BIBLIOTECA DE CULTURA SOCIAL

«Teatro argentino de Alberto Ghiraldo» (2 tomos) 16,50 N.F.
«El sistema cooperativo»: James PETER WARBASSE, 6,00 N.F.
«De la crisis económica a la guerra mundial»: Henry CLAUDE, 5,00 N.F.
«Incitación al socialismo»: Gustav LANDAUER, 6,00 N.F.
«Civilización del trabajo y de la libertad»: Curio CHARAVIGLIO, 6,30 N.F.
«Obras completas de Rafael Barret» (3 tomos), 22,00 N.F.
«Historia del Primero de Mayo»: Maurice DOMMANGET, 12,00 N.F.
«Democracia cooperativa»: James PETER WARBASSE, 10,00 N.F.
«El Humanitarismo»: Eugen RELGIS, 9,00 N.F.
«Carteles»: Rodolfo GONZALEZ PACHECO (2 tomos), 13,60 N.F.
«Psicología humana»: Joao de SOUZA FERRAZ, 7,50 N.F.
«La Conquista del Pan»: Pedro KROPOTKIN, 3,50 N.F.

BIBLIOTECA DE CULTURA SEXUAL

«El alma y el amor» Magnus HIRSCHFELD, 9,60 N.F.
«Psicoanálisis de la familia»: J. C. FLUGEL, 9,60 N.F.

BIBLIOTECA DE «SUPERACION PERSONAL»

«El sentido común»: Yoritomo TASHI, 4,50 N.F.
«Los objetivos, los obstáculos y los medios»: J. SALAS SUBIRATS, 4,50 N.F.
«El arte de pensar»: Ernest DIMMET, 4,50 N.F.
«La educación de sí mismo»: Dr. Paul DUBOIS, 4,50 N.F.
«Método práctico de autosugestión y sugestión»: Paul C. JAGOT, 4,50 N.F.
«El hombre que hace fortuna»: S. ROUDES, 4,50 N.F.
«La lucha por el éxito»: J. S. SUBIRATS, 4,50 N.F.
«El secreto de la concentración»: H. SALAS SUBIRATS, 4,50 N.F.
«Cartas a su hijo»: Conde de Chesterfield, 4,50 N.F.

COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO»

«Tácito», por Gastón BOISSIER, 4,20 N.F.
«Bacon», por Charles de REMUSAT, 4,20 N.F.
«Schopenhauer», por Th. RIBOT, 4,20 N.F.
«Stuart Mill», por H. TAINE, 6,00 N.F.
«Walt Whitman», por Luis FRANCO, 2,80 N.F.

COLECCION SOPENA

A 3,50 N.F.

«El capitán veneno»: ALARCON.
«El sombrero de tres picos»: ALARCON.
«Historia de la filosofía»: BALMES.
«El criterio»: BALMES.
«Lógica y ética»: BALMES.
«Metafísica»: BALMES.
«La cabaña del tío Tom»: B. STOWER.
«Leyendas», BECQUER.
«Papá Goriot»: BALZAC.
«Cumbres borrascosas»: E. BRONTE.
«Fábulas completas»: CAMPOAMOR.
«Tartarín de Tarascón»: DAUDET.
«Safo»: DAUDET.
«Port Tarascón»: DAUDET.
«Prosas profanas»: Rubén DARIO.
«Fábulas completas»: ESOPO.
«Tratados»: B. GRACIAN.
«Cartas de mi molino»: DAUDET.
«Casa de muñecas»: IBSEN.
«La iliada»: HOMERO.
«El príncipe»: MAQUIAVELO.
«El avaro»: MOLIERE.
«El tempe argentino»: M. SASTRE.
«Abajo las armas»: B. SUTTNER.
«Humo»: TURGUENIEV.
«Ana Karenina»: TOLSTOY.
«Aventuras de Tom Sawyer»: M. TWAIN.
«Nana»: ZOLA.
«La taberna»: ZOLA.
«El ingenuo»: VOLTAIRE.
«La importancia de llamarse Ernesto»: WILDE.
«El retrato de Dorian Gray»: O. WILDE.
«El ruiseñor y la rosa»: O. WILDE.
«El ingenio»: VOLTAIRE.
«Norte contra Sur»: J. VERNE.
«Poesías completas»: I. A. SILVA.
«Edipo Rey»: SOFOCLES.
«El carácter»: S. SMILES.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Olaya. — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)